En la primera reunión que celebró el Comité Ejecutivo del Partido Comunista de España después después de las elecciones generales del 28 de octubre , Simón Sánchez Montero resumió gráficamente la situación en que se encontraban todos los militantes comunistas con la siguiente frase: "En el momento en que el pueblo está contento nosotros estamos tristes".

El propio Simón Sánchez Montero era el símbolo viviente de esta contradicción. Su vida es un ejemplo de dedicación incesante a la lucha contra el fascismo y contra el franquismo en particular. En esa lucha ha pasado prácticamente veinte años en la cárcel, ha sufrido torturas, ha pasado por momentos de extrema dificultad. Lo que ha dado sentido a su vida -- como a la de tantos militantes comunistas -- ha sido el combate por las libertades democráticas. Puede decirse que ha pasado tantas y tan penosas vicisitudes para que el pueblo español pudiese derrotar a la derecha en las urnas y elegir masivamente un gobierno de izquierda. Y cuando esto finalmente ocurrió, en octubre de 1982, Sánchez Montero, al igual que el resto de los militantes comunistas, se encontró marginado y vivió el hecho histórico como una derrota.

Pongo este ejemplo como podría poner muchos otros, igualmente ilustrativos. Pero no creo que sirva de mucho recrearse en la descripción de tantos dramas personales. El problema consiste en saber qué ha ocurrido, por qué las cosas han ido de esta manera y no de otra, cuáles han sido las causas y las responsabilidades, cuáles pueden ser las perspectivas de futuro y, en definitiva, definir las condiciones para que el enorme caudal de energías renovadoras y democráticas que anida en el P.C.E. y en el P.S.U.C. pueda servir para que en este país avancen la democracia y el socialismo y no se pierda sin dar los frutos que puede y debe dar.

Yo no pretendo tener la receta mágica ni creo estar en condiciones de fijar una línea de acción que resuelva todos los problemas actuales. Pretendo únicamente poner en orden una serie de reflexiones personales y de intuiciones para contribuir a la tarea colectiva de encontrar un hilo conductor que lleve a la salida del laberinto.

Parto para ello de una consideración general: que la explicación del resultado de las elecciones del 28 de octubre sólo en parte se encuentra en el propio proceso electoral. Por ello no me sirven las explicaciones basadas en los datos de la coyuntura, sin que esto quiera decir que no sean importantes.

El "voto útil", por ejemplo, no es una explicación sino una constatación. Lo que hay que explicar es por qué tantos electores de izquierda han considerado que en octubre de 1982 era útil votar al PSOE y tan pocos que lo útil era votar a los comunistas.

La razón de ello no simple ni unívoca. En las elecciones del 28 de octubre coincidieron muchos elementos y casi ninguno se puede comprender sin estudiar sus raíces históricas. Hubo, es cierto, un problema de imagen. Pero ni ésta es una explicación suficiente ni tampoco la imagen se puede disociar de sus condicionamientos históricos.

Hubo razones generales, que afectan a toda nuestra historia como país y a toda la trayectoria del Estado español contemporáneo. Hubo también razones específicas de la historia del movimiento obrero en España y más específicas todavía del movimiento socialista y del comunista. En el caso del PSUC es imprescindible analizar la trayectoria y la situación actual de la comunidad catalana como comunidad nacional.

No es posible, tampoco, entender los resultados del 28 de octubre sin comprender las grandes líneas de fuerza de la situación internacional, en un mundo sumido en plena crisis de valores, con contradicciones viejas y nuevas superpuestas, con esquemas de funcionamiento invalidados por los hechos en poco menos de diez años, con tensiones renovadas entre los dos grandes bloques y en el seno de cada uno de ellos.

Para situar debidamente todo esto se precisa un gran esfuerzo de reflexión colectiva. No estoy seguro de que los instrumentos de análisis de que disponemos sean suficientes. En todo caso, constato que los puntos de referencia teóricos que nos parecían válidos hace diez o quince años hoy nos aportan pocas cosas. Que los "clásicos" -- como se acostumbra a decir -- nos dan elementos de reflexión pero también materiales de derribo. Y que la mayoría de las propuestas políticas actuales carecen de una base teórica seria y a menudo son simples catálogos de intuiciones desiguales.

Insisto en que este ensayo no pretende contestar todas las preguntas ni resolver todos los problemas. Ni dispongo de los elementos de análisis suficientes ni estoy capacitado para establecer síntesis generales aun en el caso de que los tuviese. Vuelvo a decir que se trata simplemente de ordenar unas cuantas reflexiones e intuiciones, de poner negro sobre blanco temas de discusión que surgen una y otra vez en las reuniones y en las conversaciones entre amigos, Y a partir de aquí, contribuir en la medida de mis posibilidades a impulsar esa indispensable reflexión colectiva.

Lo peor que le puede ocurrir a un colectivo de militantes como el que forman los comunistas es convertirse en una nueva Ariadna, perpleja en medio del laberinto. No es bueno para los comunistas ni para el país. La España actual no puede permitirse el lujo de que un conjunto de hombres y mujeres con tanta energía y tanta capacidad de lucha por la

democracia xxxx permanezcan varados en la perplejidad o en el desánimo. Su contribución es decisiva para que la democracia se asiente definitivamente y para que nuestro país pueda avanzar hacia el socialismo en la libertad.

Este es el sentido y la intención del presente ensayo. Y para ser consecuente con lo dicho hasta ahora, me propongo entrar en el análisis de lo ocurrido a partir de los siguientes ejes:

- la formación del Estado español contemporáneo y los problemas que hoy plantea.
- la trayectoria del movimiento obrero en España.
- el desarrollo político e ideológico de la izquierda en España y los condicionamientos nacionales e internacionales que han pesado sobre él.
- el desarrollo específico del Partido Comunista de España y el del P.S.U.C.
- los elementos fundamentales de la situación internacional.
- los problemas y los resultados de la transición política en nuestro país.
- la cuestión de las nacionalidades en España.

Sé muy bien que el simple enunciado de estas materias desborda cualquier previsión. Yo ya he prevenido al lector sobre lo que puede esperar. Si tiene la paciencia de seguirme, al final haremos balance y comprobaremos si estas reflexiones sirven o no o si un plan aparentemente tan xxxxx pretencioso se agosta en un pequeño parto de los montes. Vamos a verlo.

I

España no es Italia. Ni Francia. Ni Portugal. Ni, menos aún, Suecia. Cierto que las grandes cuestiones políticas tienen -- como han tenido siempre -- una importantísima dimensión internacional. En el curso del presente siglo esta dimensión internacional ha adquirido cada vez más transcendencia, con el desarrollo del sistema imperialista, con la aparición de la Unión Soviética, con la posterior consolidación de dos grandes bloques político-militares y con el desarrollo impetuoso de un movimiento de liberación nacional, -diversos en sus manifestaciones pero unívoco en su sentido profundo, -en el antiguo mundo colonizado por las grandes potencias.

Yo no voy a partir, sin embargo, de esta dimensión internacional. Y no lo voy a hacer porque creo que en los análisis corrientes de la trayectoria de los comunistas y de los socialistas el principal error que se comete es, precisamente, el de olvidar la especificidad nacional de los conflictos de clases.

El fracaso de la I Internacional no se debió sólo ni principalmente al insuficiente desarrollo político del movimiento obrero ni a la dificultad de superar el peso muerto del anarquismo sino también a la imposibilidad de crear un partido internacional, un centro dirigente por encima de las particularidades nacionales y del desarrollo desigual de los movimientos obreros de la época.

La II Internacional partió de esta constatación y por eso se constituyó en una especie de confederación de partidos nacionales, muy diversos entre si a pesar de la influencia y el peso político del partido que aparecía como un modelo para los demás, el partido socialdemócrata alemán.

Tras la crisis de la II Internacional con motivo de la Primera Guerra Mundial y el triunfo de la Revolución Rusa de 1917, la III Internacional o Internacional Comunista intentó construir un movimiento comunista único y centralizado, con secciones nacionales que aplicaban una misma estrategia. Es obvio que este planteamiento tampoco resistió la prueba de los hechos y que cuando la Segunda Guerra Mundial puso en primer plano la lucha por la independencia y la libertad nacionales la III Internacional fué disuelta y ya nunca más se ha podido re-

construir nada equivalente.

No pretendo con ello minimizar la extraordinaria importancia de los factores internacionales, como decía más arriba. Pretendo, eso sí, centrar el análisis en un terreno habitualmente

Cierto que hoy existen otras formas de agrupamiento supranacional: los bloques político-militares , las internacionales de diverso signo ideológico, los procesos unificadores como el Mercado Común, la internacionalización de las fuerzas productivas y de las relaciones de producción, etc. El resultado de las elecciones del 28 de octubre de 1982 en nuestro país parece explicarse, incluso, por los mismos factores que han dado resultados parecidos en Francia y Grecia. Existe ciertamente en el mundo capitalista una tendencia a la bipolarización electoral, al tiempo que aumenta la fragmentación de las antiguas estructuras sociales y aparecen fenómenos de ruptura interna en el seno de la clase obrera, de las clases intermedias y de las clases dominantes.

Pero nada de esto debe hacernos olvidar el peso determinante de la estructura de clases y de la historia económica, política y cultural de cada país.

A veces he dicho en broma que la diferencia entre el eurocomunismo italiano y el eurocomunismo español es la que hay entre las óperas de Verdi y la zarzuela, entre "Don Carlo" y "Gigantes y cabezudos". Sé que esto es una boutade, pero no creo que lo sea tanto si vamos al fondo de la cuestión.

Y el fondo de la cuestión es que partimos de tradiciones culturales diferentes. Y que esas diferencias tienen sus raíces en historias políticas y económicas también diferentes. Y que no tiene la misma tradición -- ni, por consiguiente, la misma mentalidad -- el movimiento obrero que se forma en el seno de un Estado como el inglés que el que se forma en un Estado como el español.

Todo esto parece obvio, pero me he sentido en la obligación de recordarlo porque en el seno de la izquierda de nuestro país persiste una tendencia al análisis abstracto de cuestiones tan fundamentales como la del Estado y se tiende a olvidar o a dejar en un segundo plano el tema decisivo de la historia del propio movimiento obrero y de las tradiciones que de él se derivan.

. . .

El siglo XIX fué en Italia el siglo del "Risorgimento", de la unificación nacional, de la edificación de un Estado liberal que chocó, entre otros adversarios, nada menos que con el Estado Pontificio y conoció movimientos

liberales avanzados como el de Garibaldi. Cierto que el Risorgimento italiano acabó siendo capitalizado por una burguesía septentrional cerrada y excluyente, que pactó con los grandes latifundistas del sur. Pero el Risorgimento generó unos movimientos liberales de izquierda, con poderosas energías intelectuales e importantes vínculos con las masas trabajadoras, de los que surgieron más adelante, como hijos directos el movimiento socialista y el movimiento comunista.

No es ninguna casualidad que Gramsci dedicase tantas páginas de sus cuadernos de la cárcel al estudio del Risorgimento. Gramsci sabía que ahí estaban las raíces políticas y culturales del movimiento obrero italiano y del partido comunista, como expresión de éste. Y hay una línea de continuidad -- tan polémica y contradictoria como se quiera, pero real -- entre la aportación político-cultural de figuras como Mazzini, Pisacane, Salvemini, Croce, Labriola y el propio Gramsci, para citar sólo algunos de los nombres más significativos.

Por la misma época, Alemania culminaba también un proceso de unificación nacional muy diferente al italiano, Inglaterra se consolidaba como principal potencia colonial, los Estados Unidos emergían como gran potencia una vez superado el contencioso norte-sur con la Guerra de Secesión, Francia culminaba la edificación del Estado post-revolucionario con el asentamiento de una República centralista a ultranza y, en general, se creaban las condiciones para la eclosión de la fase imperialista del sistema capitalista.

Recuerdo estas cosas, tan sabidas, para poner de relieve que la trayectoria política de España a lo largo del siglo XIX y lo que llevamos de XX ha sido muy diferente a la de los países citados. Y que no sólo ha sido diferente la edificación del Estado sino también la trayectoria de las fuerzas sociales y entre ellas, naturalmente, el movimiento obrero y sus expresiones políticas.

Aquí no tuvimos nada parecido al "Risorgimento" italiano ni a la unificación alemana. En un siglo de expansión colonial de las grandes potencias capitalistas, España empezó perdiendo su imperio americano y terminó perdiendo lo que le quedaba en Cuba y Filipinas.

En España se imitó el modelo de Estado francés, pero sin una burguesía que había protagonizado un descomunal proceso revolucionario y sin un campesinado equilibrado y estable que le servía de apoyo y de colchón.

El Estado español contemporáneo se ha construído como un Estado fuertemente centralista y con una idea muy específica de la nación vinculada igualmente al centralismo.

Durante los períodos decivisos de su formación, el Estado español contemporáneo no ha sido dirigido por una burguesía moderna, industrial y mercantil, sino por una oligarquía cerrada y poco sensible a las exigencias del desarrollo capitalista.

Esa oligarquía surgió inicialmente de la desamortización civil y eclesiástica y se consolidó luego a través del control del Estado.

La vieja nobleza señorial perdió con la desamortización sus privilegios señoriales en el plano jurídico, pero mantuvo sus posiciones económicas y se consolidó como aristocracia terrateniente. Como beneficiaria de la desamortización no sólo no chocó con el liberalismo sino que lo asumió, lo protagonizó y lo encabezó.

Al lado de esa aristocracia se desarrolló una burguesía más interesada en la compra de tierras a bajo precio que en la inversión industrial, una burguesía que explotó a fondo el negocio del Estado a través de las concesiones de obras públicas y del manejo del crédito, una burguesía que funcionó más como enlace y proyección del capital bancario extranjero que como burguesía portadora de un proyecto propio de sociedad.

Unicamente en Cataluña se desarrolló una burguesía industrial, pero basada en una industria de pequeñas dimensiones, dependiente de un mercado interior poco desarrollado, carente de materias primas y siempre a la defensiva frente a la acometida de la industria extranjera, frente a la cual no tenía otro recurso que la protección de un Estado que ella misma no controlaba.

Esta burguesía conoció pronto la lucha de clases moderna y la civilización urbana e industrial, pero no ejerció el poder en el Estado centralista, no fué el sector hegemónico en el bloque de las clases dominantes y no marcó con su impronta la estructura y la ideología de los aparatos del Estado. Más aún: durante la mayor parte del siglo XIX, esta burguesía no tuvo ni siquiera ningún proyecto de Estado diferente al que forjaba la oligarquía, bajo la concepción del liberalismo doctrinario. Su reformismo no fué más allá, en todo caso, de las propuestas de democratización del propio Estado centralista.

Durante el sexenio revolucionario de 1868-75 pareció que se abría la posibilidad de democratizar efectivamente el Estado. Pero con la explosión republicana y cantonal, que superó a los sectores de la burguesía que apoyaban inicialmente el proceso revolucionario, la burguesía catalana hizo marcha atrás, se integró en el bipartidismo de la Restauración y aceptó el compromiso que ofrecía Cánovas del Castillo, situándose como clase subordinada a la oligarquía.

Fué entonces, bajo la Restauración, cuando se acabó de perfilar la estructura estatal puesta en marcha por los moderados en el período isabelino. Se completaron las instituciones entonces esbozadas y se coronó la edificación del Estado centralista y burocrático. Y ese fué el telón de fondo del desarrollo de los aparatos y de las instituciones del Estado hasta la II República.

Cierto que un sector muy importante de la burguesía catalana comprendió a finales de siglo la necesidad de superar el esquema de la Restauración -- especialmente tras el impacto de l desastre colonial de 1898 -- y puso en pie un proyecto político diferente. Esta burguesía conectó con el catalanismo -- hasta entonces cultivado por una minoría política e intelectual --, abrazó el federalismo, rompió con el bipartidismo caciquil de la Restauración, creó un partido político moderno -- la Lliga Regionalista -- y buscó un apoyo de masas a través del nacionalismo. El objetivo fundamental de este movimiento fué la reforma del Estado. La burguesía nacionalista catalana intentaba alcanzar la dirección del Estado o,por lo menos, llegar a un compromiso favorable con los sectores que lo dirigían, para reformar ese mismo Estado y adecuarlo a las nuevas exigencias del desarrollo capitalista, en la fase de la acumulación monopolista.

Una parte de la burguesía vasca abrazó igualmente el nacionalismo -- aunque en circunstancias distintas a las de Cataluña --, pero otra parte no sólo aceptó el Estado centralista sino que lo utilizó a fondo para su propia expansión como potencia financiera por todo el ámbito de España.

Pero incluso estas intenciones reformistas cedieron ante el estallido de las grandes luchas sociales, desde la Semana Trágica de 1909 hasta la dictadura de Primo de Rivera, pasando por la huelga general de 1917.

Puede decirse,pues, que el Estado que llegó hasta la II República en 1923 fué el Estado centralista y burocrático forjado por la oligarquía bajo la dirección de los "moderados" y bajo la Restauración. Las masas populares fueron sistemáticamente apartadas de la participación en los aparatos y las instituciones del

un Estado fuertemente centralista, burocrático y oligárquico.

Baste recordar al respecto que desde la primera Constitución -- la de 1812 -- hasta la revolución de 1868 el cuerpo electoral no superó nunca el 4'5% de la población. La revolución de 1868 proclamó el sufragio universal masculino y con ello el cuerpo electoral pasó al 24 % de la población. La Restauración hizo marcha atrás, reintrodujo el sufragio censitario y el cuertpo electoral volvió a descender al 5 % de la población. La ley de 26 de junio de 1890 reintrodujo el sufragio universal masculino y elevó el cuertpo electoral al 27 % de la población. La Dictadura de Primo de Rivera suprimió el sufragio y hasta la II República no se introdujo por primera vez el sufragio de hombres y mujeres mayores de 23 años, con lo que el cuerpo electoral subió al 55 % de la población. El franquismo volvió a suprimir violentamente el sufragio universal y hasta muy recientemente, con las Constitución de 1978 no hemos tenido el sufragio universal de los mayores de 18 años.

Pero es que además, incluso bajo el sufragio universal de la Restauración, tal como se proclamó en 1890, el ejercidio de éste fué más teórico que real y fué constantamente deformado por el caciquismo, los pucherazos y demás trampas electorales, el encasillado y la sistemática suspensión de los derechos. Baste recordar que desde 1876 hasta 1917 hubo diecinueve suspensiones de derechos y garantías. Algunos de los derechos fundamentales -- como las libertades de asociación, de reunión y de manifestación, la libertad religiosa y el propio sufragio universal -- tuvieron una vigencia real muy escasa, bien por el peso de los controles gubernamentales, bien por la deformación de que fueron objeto por el Estado burocrático y el caciquismo.

EL ESTADO ESPAÑOL CONTEMPORANEO.

En 1977, apenas iniciado el proceso constituyente en el que me cupo el honor de desempeñar una parte muy activa, como miembro de la ponencia redactora del proyecto de Constitución en representación del PCE y del PSUC, publiqué un librito sobre nuestra historia constitucional. (1)

En su introducción escribí una reflexión general sobre las tareas político-constitucionales que se abrían ante las fuerzas de izquierda. En ella resumía una parte de la cuestión que ahora quiero plantear con un carácter más general. El lector me permitirá que reproduzca una parte de mis consideraciones porque después de releerlas me ha parecido que no tiene sentido intentar decir lo mismo con otras palabras:

"El franquismo -- digo en dicha introducción -- no ha sido propiamente un "Estado nuevo", como pretendían algunos de sus fautores. Lo que ha hecho el franquismo ha sido llevar a sus últimas consecuencias autoritarias, burocráticas, centralistas y, en definitiva, antidemocráticas los principios que han configurado la formación de los aparatos y las instituciones que constituyen el Estado español contemporáneo.

De este modo, al desaparecer la costra propiamente franquista encontramos unos aparatos y unas instituciones que no vienen de ahora ni nacieron en 1939. O, más exactamente; el franquismo superpuso a estos aparatos e instituciones otros de nuevo cuño (como el Movimiento y el sindicalismo vertical),pero acentuando y llevando hasta sus últimas consecuencias los aspectos antidemocráticos ya existentes en los aparatos y las instituciones anteriores.

Por eso, al abordar el actual período constituyente nos encontramos con la necesidad de resolver dos grandes tipos de problemas:

1. Desmantelar los aparatos y las instituciones que el franquismo creó a partir de la guerra civil y que han mostrado su total incapacidad de subsistencia.

2. Abordar la reforma en profundidadde los demás aparatos e instituciones del Estado. Aquí podríamo decir que el árbol franquista no debe impedirnos percibir la hondura del bosque. La historia constitucional de nuestro país es la historia de la formación de unos aparatos y de unas instituciones estatales particularmente impermeables a la reforma democrática.

El Estado español contemporáneo se ha formado bajo la di-

rección política de una oligarquía cerrada y reaccionaria y todos sus aparatos e instituciones están recorridos de arriba a abajo por la impronta de esa oligarquía. Cada gran intento democratizador se ha saldado con una reacción más violenta que las anteriores, hasta culminar en la catástrofe de 1939.

Para decirlo de otra manera: el período constituyente que ahora se abre tiene dos posibilidades ante si. La primera es limitarse a limpiar la costra del franquismo para dejar más o menos intacto el resto de los aparatos e instituciones. La segunda es plantearse de verdad qué significa a estas alturas del siglo XX y en un país como el nuestro abordar ,por fin, la construcción de un Estado democrático.

Quedarse en la primera posibilidad es hacer una opción política muy concreta, que consiste en dejar el poder político en manos de los mismos sectores sociales que lo han tenido hasta ahora. Con lo cual, a la corta o a la larga, los escasos logros democráticos que ahora se consigan acabarán malográndose.

La segunda posibilidad significa, evidentemente, otra opción política. Y ésta es que no se puede consolidar la democracia en este país sin cumplir dos condiciones:

1. Emprender la reforma democrática de los aparatos e instituciones que componen el Estado, es decir, eliminar su burocratismo, su centralismo, su rigidez, su impermeabilidad a las aspiraciones populares, etc.

2. Asegurar el desarrollo de una nueva fuerza social dirigente, la fuerza de los hombres y mujeres del trabajo y de la cultura, capaz de impedir la vuelta a nuevas experiencias dictatoriales y de llevar el país hacia nuevas metas de progreso social."

¿ Por qué recuerdo estas palabras, escritas hace cinco años? Porque entiendo que ahí está la clave no sólo de lo que ha ocurrido en estos cinco años mismos sino también de todos los antecedentes que nos han llevado a la situación actual.

El problema principal de la política es el problema del poder, es decir, del Estado. Los socialistas y los comunistas se han formado como partidos con una noción teóricamente muy cerrada y precisa del Estado, de su conquista y de su transformación. La concepción marxista del Estado y, para los comunistas, la interpretación leninista de la misma han presidido durante un largo tiempo la orientación táctica y estratégica,incluso por encima de circunstancias de tiempo y de lugar.

A mi parecer, esa concepción ha pecado siempre de abstracta y de intemporal, pese a la exactitud

profunda del análisis de Marx y de Engels.

Si hacer política con nociones abstractas lleva siempre a resultados deficientes, más lo es en un país como el nuestro, atravseda por unas contradicciones sociales y políticas muy singulares.

Por eso creo necesario hacer unas cuantas consideraciones sobre el Estado en general y sobre el Estado en nuestro país. El movimiento obrero y los partidos de izquierda en España se han formado en el seno de un determinado Estado, enfrentados a unas determinadas estructuras estatales y a unas determinadas clases sociales que las dirigían y las conformaban. Y eso ha influído decisivamente en la configuración de esas mismas fuerzas de izquierda, hasta la actualidad.

PRIMERA PARTE

ORIGEN Y DESARROLLO DE LOS PARTIDOS COMUNISTAS

I. EL ORIGEN DE LOS PARTIDOS COMUNISTAS.

1. La Revolución de Octubre.

Los Partidos Comunistas son hijos de la Revolución de Octubre de 1917 en la Rusia zarista. Pero no son los únicos.

La Revolución Rusa ha dado muchos y muy diversos resultados. Su descendencia es numerosa y variada. Uno de sus resultados, sin duda el más transcendente, es la creación de la Unión Soviética. Otro, bastante diferente en un principio, es el surgimiento de los países actualmente integrados en el Pacto de Varsovia que se acostumbra a designar como los países del "socialismo real", por muy discutible que sea este término. Es costumbre tratar estos países como un todo homogéneo y no hay duda de que la política de bloques tiende a borrar los elementos diferenciales entre ellos para poner en primer plano su condición de miembros de un mismo bloque. Pero entre ellos hay profundas diferencias nacionales. El día que la presión de los bloques disminuya estas diferencias aparecerán con gran fuerza.

Un tercer resultado es el auge de los movimientos de liberación nacional contra el imperialismo y el colonialismo. Es cierto que no todos ellos se inspiraron en el modelo soviético, pero todos, incluso los declaradamente antisoviéticos, encontraron un impulso y un terreno favorable en las condiciones internacionales creadas por la Revolución de Octubre.

Estos movimientos de liberación nacional no fueron, en ningún caso, una mera copia del modelo soviético. Ocurrió más bien lo contrario. Cuando intentaron trasplantar pura y simplemente el modelo soviético fracasaron. Y, viceversa: triunfaron allí donde supieron combinar el impacto de la Revolución de Octubre con los aspectos nacionales más específicos de la lucha de las clases sociales. El ejemplo más claro y evidente es el de la Revolución China. Y con diferentes matices, lo mismo cabe decir de otros procesos revolucionarios posteriores, incluso los que fueron dirigidos por sectores de la burguesía nacional.

Hay que decir, sin embargo, que a partir del triunfo de algunas de estas revoluciones cambiaron las condiciones iniciales. Así, por ejemplo, después del triunfo de la Revolución Chi-

na en 1948, ésta se transformó en un foco de irradiación revolucinaria específico que impulsó otras revoluciones anticoloniales y, a la vez, entró en una cierta competencia con el primero, con el soviético.

Lo mismo ha ocurrido luego con otros procesos revolucionarios, como el de Cuba en América Latina. Cabe pensar, incluso, que de no mediar la política de bloques que tiende a colecar todos los hechos y todas las teorías políticas en la lógica de un bloque o del otro, esta diversidad y esta originalidad nacionales serían todavía mayores.

Un cuarto resultado es el surgimiento de los partidos comunistas.

Los comunistas y el movimiento socialista internacional. Los partidos comunistas surgieron, efectivamente, de este gran tronco político que fué la Revolución de Octubre, pero ni son su rama principal ni son una rama única. Se trata, más bien, de diversas ramas, muy diferentes entre ellas ya desde el inicio y que con el tiempo han seguido vías que en muchos casos han llevado a una diferenciación total.

Así, por ejemplo, ninguna de las grandes revoluciones anticoloniales i antiimperialistas que han triunfado en América Latina o en Africa ha sido dirigida por un partido comunista. Así ocurrió en Cuba y así ha ocurrido también en Argelia, en Nicaragua , en Angola o en Mozambique. Que luego los comunistas hayan adquirido más o menos fuerza en tal o cual poder revolucionario se debe a circunstancias muy concretas -- y frecuentemente ligadas a los resultados de la política de bloques. Lo que queremos decir es que los partidos comunistas fueron incapaces de encabezar un proceso revolucionario, excepto cuando se apartaron del modelo inicial -- el soviético -- y se renovaron en función de sus condiciones nacionales propias.

Por otro lado, es evidente que ninguno de los partidos comunistas de Europa consiguió hacer triunfar una revolución

del tipo de la soviética. Ante este hecho, los partidos comunistas de Europa -- que además se encontraron en situaciones nacionales muy diferentes -- siguieron un proceso que, en líneas generales, ha seguido dos grandes vías: o bien han aceptado la lógica de los bloques y han asumido, explícita o implícitamente, el papel de prolongación de un bloque dentro del otro o bien se han apartado del modelo inicial, han rechazado la lógica de los bloques y han emprendido un camino de creciente diferenciación nacional que les convierte en partidos de nuevo tipo. Esta última vía es la que ha dado lugar al hecho político del eurocomunismo.

Ahora bien, decir que los partidos comunistas son hijos de la Revolución de Octubre es decir sólo una parte de la verdad. La propia Revolución de Octubre no se comprende si no se tiene en cuenta toda la historia anterior del movimiento obrero, la lucha de la clase obrera, en toda Europa primero y en otros lugares del mundo después, por su organización y por su liberación.

No vamos a entrar aquí en la historia del movimiento obrero. Sobradamente conocidos son sus avatares, desde los primeros momentos del desarrollo del sistema capitalista. Las primeras batallas por la organización y la defensa de los explotados y trabajadores dispersos, la lucha por el sufragio universal de los cartistas ingleses, los planteamientos teóricos iniciales -- luego agrupados bajo el concepto, abusivo sin duda, de "socialismo utópico " -- el surgimiento del marxismo como cuerpo teórico y como conjunto de propuestas políticas, el enfrentamiento entre corrientes doctrinales diversas con el impacto especial del anarquismo, las experiencias revolucionarias de 1848 y 1871, la formación y el fracaso de la I Internacional como organización política única , es decir, supranacional, de los trabajadores, ~~la creación ulterior de la II Internacional como agrupación de partidos obreros nacionales~~, el desarrollo del socialismo organizado ya en partidos en Alemania, en Austria y en otros países europeos, la creación de la II Internacional como agrupación de partidos obreros nacionales, las querellas doctrinales en el seno de la II Internacional ante la nueva fase imperialista del desarrollo del capitalismo, etc. etc. son otros tantos

momentos de esta historia. Su culminación primera fué la división del movimiento obrero y el estallido de la II Internacional ante la primera gran guerra del moderno imperialismo: la Guerra de 1914-18.

Ante esta catástrofe, el movimiento obrero se enfrentó con una situación nueva en la que se ponían en duda elementos tan consustanciales de la teoría política del socialismo como son el internacionalismo, la solidaridad entre los trabajadores más allá de las fronteras nacionales y la propia existencia de un movimiento obrero organizado internacionalmente. La mayoría de los partidos socialistas aceptaron la línea divisoria nacional y los trabajadores de unos y otros países se enfrentaron a muerte en una guerra librada en nombre de los intereses de sus burguesías respectivas.

En plena guerra surgieron ya diversos intentos de reconstrucción de otro movimiento socialista internacional, basado en el rechazo de la guerra imperialista. Y también en plena guerra en 1917, triunfó la revolución socialista en la Rusia zarista. Fué una revolución original, que no se atenía a cánones preestablecidos y que incluso pudo ser calificada por Gramsci de "revolución contra El Capital de Marx ", en el sentido de que había roto con las interpretaciones mecanicistas de esta gran obra teórica.

La Revolución de Octubre fué dirigida por un partido socialdemócrata de nuevo tipo -- el Partido Bolchevique -- y fué encabezada por un auténtico genio de la política, Lenin. El modelo revolucionario, el modelo de partido y el modelo teórico que surgieron de esta revolución constitituyeron una nueva vía de desarrollo del movimiento obrero. Una parte del anterior movimiento, encuadrado en los partidos socialistas de la II Internacional, se desgajó de éstos y lanzó por la nueva vía abierta por los socialistas bolcheviques rusos, muy pronto denominaddos "comunistas" para marcar mejor su diferenciación.

A su vez, los partidos socialistas que seguían en la maltrecha vía de la II Internacional se encontraron ante nue-

vas situaciones. Algunos de ellos habían formado parte del gobierno respectivo en plena guerra, en coalición con partidos de la burguesía. Al terminar la guerra, algunos de estos partidos socialistas asumieron el gobierno directamente en los países militarmente derrotados, donde la burguesía había experimentado un fracaso total. Tal fué el caso de Alemania.

Todos ellos tuvieron que definirse teórica y políticamente ante el nuevo y transcendental hecho de la Revolución Rusa. Y muchos fueron beligerantes contra ella, no sólo en el plano doctrinal, sino también en el político, como en el caso de Alemania donde el movimiento socialista se dividió en tres grandes ramas y una de ellas encabezó la lucha y la represión contra la que se inspiraba en el modelo de la Rusia soviética.

El resultado global fué la división del movimiento obrero, que ya empezó a padecer en su seno los efectos de una primera política de bloques en el plano internacional.

Tanto los "socialistas" como los "comunistas" eran herederos de una misma tradición. Los dos salían de un mismo tronco. Pero a partir de aquel momento el tronco dejaba de existir y se abrían dos dinámicas que a la postre resultaron muy divergentes.

En la dinámica comunistas confluyeron el impacto de la Revolución Rusa, las aspiraciones revolucionarias más radicales de amplios sectores de la clase obrera en los países capitalistas desarrollados, el impulso revolucionario de los países sujetos al colonialismo. En la dinámica socialista confluyeron las aspiraciones pacifistas y reformistas de importantes sectores del movimiento obrero de los países capitalistas desarrollados y pronto empezó a pesar en ella la influencia de las responsabilidades de gobierno ejercidas por los dirigentes socialistas en diversos países.

Pero quizá el hecho decisivo es que unos y otros, socialistas y comunistas, sufrieron el tremendo impacto de una situación política internacional en la que el eje central era la constitución de un gran bloque de países capitalistas encabezado por una nueva potencia, los Estados Unidos, frente a lo que entonces no era más que la Unión Soviética y más tarde se constituyó en otro bloque de países. Ante el

enorme peso de esta realidad política, todo lo demás quedó en un segundo plano. Y las consecuencias fueron terribles para el futuro desarrollo del movimiento obrero.y del socialismo.

El hecho clave es, pues, que los partidos comunistas surgieron a partir de una quiebra histórica del movimiento socialista internacional. Aparecieron como una rama nueva de este movimiento, pero con ello el propio movimiento dejó de existir para dar paso a una nueva etapa no concluída todavía. Son,en sentido estricto, producto de una ruptura. Y esta es una cuestión decisiva que subyace en toda la historia ulterior del movimiento obrero: el hecho de la ruptura inicial y la necesidad de recuperar una nueva unidad a partir de realidades políticas que se han desarrollado de una manera no sólo distinta sino también opuesta.

. . .

II. LA TRADICIÒN POLITICA E IDEOLOGICA DE LOS PARTIDOS COMUNISTAS

Los partidos comunistas no fueron la causa de la ruptura del movimiento socialista internacional sino su efecto. Pero surgieron como una opción política y doctrinalmente bien diferenciada.

¿Cuáles fueron sus elementos políticos principales ? A nuestro entender se pueden sintetizar en los siguientes:

1. Una especial valoración de la cuestión del imperialismo cuestión teórica y política de largo alcance que condicionaba todos los análisis de la I Guerra Mundial y de la actitud del movimiento obrero internacional ante la misma. Esta valoración tenía sus raíces en las polémicas iniciadas en el seno de la propia II Internacional (baste recordar los análisis de Hilferding) y se inspiraba en el desarrollo impulsado por Bujarin y Lenin.

2. El impacto general de la Revolución de Octubre. Ya hemos hablado más arriba de este aspecto fundamental. Pero hablamos aquí de "impacto general" porque así es como fué vivido por todos los sectores del movimiento obrero y socialista descontentos por la actitud de los partidos socialistas en la I Guerra Mundial. En un primer momento -- y durante algunos años incluso -- la Revolución Rusa era mal conocida. Se conocían sólo algunos de sus aspectos generales y su principal atractivo consistía no tanto en el modelo político que iniciaba sino en el hecho de haber sido la primera revolución que , en nombre del internacionalismo, había roto efectivamente con el capitalismo. Por eso fueron muy diversos los sectores del movimiento obrero que se sintieron atraídos por ella. En España, por ejemplo, simpatizaron con la Revolución Rusa no sólo sectores de la izquierda del P.S.O.E. sino también anarquistas y sindicalistas de la C.N.T. y hasta nacionalistas radicales. Luego este impacto se sedimentó y la llamada "bolchevización" de los grupos nacionales que se integraron en la nueva Internacional comunista

-- la III -- delimitó de manera estricta el ámbito de influencia. Pero eso no quita que el impacto inicial tuviera repercusiones muy amplias.

3. Los efectos de la ruptura en si misma. Queremos indicar con ello que estos efectos fueron muy diversos. El surgimiento de los partidos comunistas no fué en modo alguno un paseo triunfal ni un proceso lineal seguido por las masas trabajadoras con auténtico entusiasmo. Lo cierto es que mientras algunos sectores del movimiento obrero lo vieron como un paso adelante otros, no menos importantes y significativos, fueron reticentes o adoptaron actitudes de abierto rechazo ante la propia Revolución Rusa. Y aquí no tienen nada que ver los viejos análisis que distinguían entre una "clase obrera auténticamente revolucionaria" y una "aristocracia obrera" fácilmente corrompible por el reformismo. Los partidos comunistas tardaron en cuajar como grandes partidos de masas y allí donde lo consiguieron fué en función de otros elementos, como por ejemplo, su decidida y patriótica acción de liberación nacional contra el hitlerismo en el curso de la II Guerra Mundial.

La teoría política en los orígenes de los partidos comunistas. Si estos elementos políticos generales explican la ruptura, lo cierto es que los partidos comunistas surgieron armados con una teoría política muy específica, que rompía con algunos de los ejes doctrinales de la II Internacional. En síntesis esta teoría política se basaba en los siguientes puntos:

1. Una exaltación del internacionalismo proletario, entendido como anti-imperialismo. Por todo lo dicho anteriormente se comprende que ésta era una base teórica fundamental. Este internacionalismo reanudaba la tradición el movimiento socialista pero en las nuevas condiciones creadas por la fase imperialista del desarrollo capitalista. A la vez, conectaba con el gran movimiento de liberación nacional anti-imperialista -- sobre todo en Asia -- y permitía establecer una importantísima vinculación entre la revolución en Europa y el movimiento anticolonial.

2. Una teoría del Estado tomada íntegramente de las reflexiones de Lenin -- especialmente en sus obras "El Estado y la revolución" y "La revolución proletaria y el renegado Kautsky" -- y que luego pervivió casi íntegramente duramente muchos años como un elemento doctrinal intangible.

Como es sabido, la visión de Lenin consiste en una reducción de los elementos que constituían la base de la concepción del Estado en Marx y Engels. Elemento central de esta reducción era la importancia capital otorgada al concepto de dictadura del proletariado, retomado por Lenin a partir de la reflexión de Marx sobre la Comuna de París e identificada con una posible forma de organización específicamente rusa: los consejos o soviets. Otro elemento, no menos fundamental, era la distinción tajante e irreconciliable entre la "democracia burguesa" y la "democracia proletaria".

La concepción de Lenin -- especialmente tal como la desarrollaron los teóricos posteriores -- convierte el Estado en un todo homogéneo, en un aparato compacto que está al servicio de una clase dominante también homogénea -- y cuyas contradicciones se dejan en un segundo plano --. Ese Estado sólo se puede conquistar mediante una revolución-asalto dirigida por un núcleo de vanguardia, el cual abre la brecha y arrastra a la mayoría de los trabajadores del campo y de la ciudad. Bajo la hegemonía del proletariado industrial, cuya vanguardia política es el partido comunista , la mayoría revolucionaria conquista el Estado burgués, lo destruye y crea otro Estado nuevo, basado en la dictadura del proletariado.

Naturalmente, esta concepción del Estado -- que ha pervivido mucho tiempo y hoy todavía pervive en las corrientes doctrinales dogmáticas -- deja en segundo plano aspectos que hoy aparecen como primordiales y arrincona en bloque algunos de los grandes problemas surgidos en la discusión teórica de las diversas corrientes anteriores del marxismo. Durante mucho tiempo ha tenido incluso el efecto, totalmente nefasto, de provocar entre los comunistas el rechazo acrítico de todo lo que provenía de la II Internacional y no era asumido por la III. El calificativo de "renegado" con el que Lenin designó al máximo exponente de teórico de la II Internacional, Karl

Kautsky,es suficientemente explícito al respecto.

3. El concepto del partido revolucionario. El modelo de los partidos comunistas fué el partido bolchevique xxxx, es decir, un partido concebido como una vanguardia revolucionaria formaada por revolucionarios profesionales y organizada en términos casi militares, con una centralización rígida de la toma de las principales decisiones. Esta vanguardia es la que encabeza y dirige el asalto al Estado burgués y marca el xxxxx camino que seguirán luego las masas populares. Y aunque se nutr esencialmente de la clase obrera,lo que la caracteriza es la fusión de revolucionarios procedentes del movimiento obrero con revolucionarios procedentes de la intelectualidad -- nótesex bien:" procedentes" , no "representantes" --. Esta fusión es necesaria porque, según el propio Lenin, xxxxxxxxxxxxxxxxxx el movimiento obrero librado a si mismo, sin ese elemento de organización política,sólo es capaz de producir un movimiento de tipo "tradeunionista".

A nuestro entender, esta concepción del partido como vanguardia era una transposición de la concepción jacobina de la revolución, lo cual tiene una gran importancia,dado el papel que dicho modelo desempenó en la organización de los partidos comunistas en su primera fase.

4. El concepto de revolución. Esta se entendía como un asalto frontal al poder. Frente al Estado burgués, Estado de una clase dominante cuyas contradicciones internas pasan a un segundo plano -- o son vistas desde un ángulo meramente instrumental -- la revolución era concebida como un asalto frontal de grandes masas populares, encabezadas por el proletariado y dirigidas por la vanguardia revolucionaria -- el partido --. La tarea de la revolución consistía en destruir el Estado burgués y las relaciones de producción capitalistas para edificar el Estado de la dictadura del proletariado y crear las bases de una sociedad socialista. Ese nuevo Estado debía asegurar la máxima democracia para las grandes masas populares y sentar las bases de sum propia extinción en la futura sociedad comunista.

5. La autodeterminación de las nacionalidades oprimidas. Este elemento teórico no era tan fundamental como los anteriores pero adquirió mucha importancia con el desarrollo del movimiento de liberación nacional. Lenin, Stalin y los bolcheviques desarrollaron este concepto -- ya perfilado en toda la discusión doctrinal del siglo XIX y principios del XX sobre el principio de las nacionalidades -- para resolver el gran problema de las nacionalidades en un Estado que heredaba la enorme complejidad del imperio zarista. Más tarde, otros teóricos lo aplicaron al análisis y a la solución del problema nacional en los países colonizados o en las nacionalidades insertas en los Estados capitalistas de Europa.

La teoría y la realidad política hasta los años treinta.

Si ésta era, a grandes rasgos, la teoría política fundamental en los orígenes de los partidos comunistas a comienzos de los años veinte de este siglo, no cabe duda de que la realidad con la que se enfrentó obligó a modificar muchas cosas.

El primer dato de esta realidad -- y el más importante, sin duda -- es que el modelo de socialismo que se desarrolló en la Unión Soviética era totalmente nuevo respecto a las indicaciones anteriores de los teóricos del marxismo.

Es cierto que Marx, Engels y otros teóricos habían evitado siempre con mucho cuidado especular sobre el Estado y la sociedad futura. Sus referencias a este futuro habían sido siempre muy genéricas. En realidad, el socialismo y el comunismo eran dos grandes aspiraciones, pero ambas habían sido definidas de una manera imprecisa.

Se habían elaborado, eso sí, algunas grandes categorías doctrinales -- por ejemplo, la socialización de los medios de producción -- pero nadie sabía cómo se iba a hacer esto en la práctica, tanto en lo que se refería a la organización económica como a las instituciones.

Existían grandes conceptos, como el de planificación o

el de dictadura del proletariado, pero ningún modelo concreto.

El primer modelo real fué, por consiguiente, el de la U.R.S.S. Y este no se edificó de acuerdo con un plan doctrinal preestablecido y perfectamente pergeñado sino como un conjunto de respuestas inmediatas a problemas a menudo imprevistos. Los nuevos supuestos doctrinales se elaboraban sobre la marcha y a menudo dejaban de ser válidos al poco tiempo y debían ser substituídos por otros. Pero unos y otros se elaboraban en el fuego de una guerra civil primero y contra el cerco imperialista después, en medio de una tremenda lucha política que recorría de arriba a abajo no sólo la sociedad soviética sino también el partido ,hasta su misma cúspide.

Nada de esto es censurable. Dadas las circunstancias, difícilmente podía ser de otra manera. Lo decisivo no es esto sino el hecho de que ese modelo soviético, construído en función de una situación muy específica y edificado sin ser propiamente un modelo se trapuso a otras realidades, se aplicó -- aunque fuese teóricamente-a otras situaciones y se convirtió precisamente en lo que no era: en el modelo de socialismo, propiamente dicho, en el modelo que se pretendía conseguir con la revolución socialista.

De este modo lo que antes era impreciso -- el concepto de socialismo -- se concretó en el modelo soviético y para toda la corriente del pensamiento comunista ya no hubo más discusión ni más vacilación: el socialismo era eso y no otra cosa. Y frente a él se levantaban formas políticas que aunque pareciesen diversas tenían un rasgo común: que ninguna de ellas era el socialismo. Y cuando algunos pretendían (la conclusión era inmediata:) que otra forma de Estado también llevaba al socialismo, lo que hacían en realidad era engañar y traicionar a los trabajadores.

Cierto que en el mismo seno de la III Internacional se empezó a hablar de la necesidad de adaptar este modelo a otras realidades. Pero durante los años veinte esta línea de reflexión no prosperó y todo se subordinó al proceso general de bolchevización teórica y práctica de los partidos comunistas.

Sin embargo, hubo cambios y muy importantes. Y no tanto como resultado de la teoría sino más bien a consecuencia de la

práctica.

El primer cambio -- de enormes consecuencias -- fué la modificación sufrida por la propia Revolución Rusa. Esta era concebida por sus dirigentes como el comienzo de una revolución internacional que se extendería a otros países y muy concretamente a los de Europa central de manera inmediata. Es bien conocida la concepción de Lenin a este respecto. La III Internacional o Internacional Comunista se fundó precisamente con este objetivo. Era una especie de partido internacional, con secciones nacionales, que iba a extender el modelo revolucionario que ya había triunfado en la Rusia zarista. Es más, los dirigentes bolcheviques consideraban que la revolución rusa no podría subsistir aislada y que su triunfo sólo podía consolidarse si era el primer paso para la extensión de la revolución a otros países más desarrollados, como Alemania. La revolución rusa era, propiamente, la ruptura del eslabón más débil de la cadena imperialista, pero no podía mantenerse si la cadena no se rompía del todo.

Es bien sabido que las cosas no fueron así. La revolución fué derrotada en Alemania y en Hungría y detenida en los demás países europeos. En torno a la URSS se creó un férreo círculo político, económico y militar de contención y en todos los países capitalistas se desarrolló como línea muy importante de pensamiento y de acción política el "anticomunismo" es decir, la acción orientada a cerrar el paso al comunismo soviético y, en último término, a destruir a la URSS.

A mediados de los años veinte, ya fallecido Lenin, los dirigentes soviéticos tuvieron que sacar la debida conclusión de todo ello: la Unión Soviética tenía que edificarse como un Estado aislado y cercado. Esto se teorizó incluso -- por Bujarin primero y por Stalin después -- con el concepto de socialismo en un solo país. Las consecuencias fueron enormes para la configuración del nuevo Estado y del nuevo sistema económico. Hubo que quemar etapas, industrializar a ultranza. Para ello se centralizó rígidamente el poder y se concentró éste en el partido. La democracia de los consejos o soviets se esfumó. Y en la batalla por la centralización y la socialización inmediata de toda la producción el propio partido se dividió trágicamente, hasta culminar todo ello en el sistema de poder autocrá-

tico y nacionalista impuesto por Stalin.

Todo esto es bien conocido, pero lo traemos a colación porque sus consecuencias sobre el joven movimiento comunista internacional fueron enormes.

Así,por ejemplo, el concepto de internacionalismo proletario se transformó, convirtiéndose en otra cosa: en la defensa incondicional del Estado soviético y del modelo soviético de socialismo frente al cerco imperialista. La solidaridad con la URSS -- es decir, con el único núcleo de socialismo existente -- se convirtió en la piedra de toque del internacionalismo proletario, como se decía.

Con ello, los partidos comunistas dejaban de ser destacamentos nacionales de un mismo movimiento revolucionario internacional para convertirse en instrumentos avanzados de defensa del Estado soviético en "territorio enemigo". Todo ello, además, con una infravaloración o una ignorancia total de las contradicciones que surgían en ese mismo Estado soviético.

Otra consecuencia, no menos importante, es que en la teoría y en la práctica de los partidos comunistas se esfumó el aspecto nacional de la lucha de clases. El internacionalismo se concebía como la aceptación y la aplicación de una estrategia mundial única dirigida desde un centro revolucionario también único, la III Internacional. En todos los grupos dirigentes de los partidos comunistas había representantes directos de la III Internacional. Y toda la táctica política de los partidos comunistas quedaba subordinada al objetivo internacional supremo: el desarrollo de la revolución según el modelo bolchevique. Todo este aparato conceptual se mantuvo intacto durante los años veinte, pero con una modificación práctica sumamente importante: que el centro dirigente no era la III Internacional sino la Unión Soviética, con todos sus problemas y contradicciones. En consecuencia, la supeditación a las directrices de la III Internacional se convertía en supeditación a los intereses del Estado soviético y más exactamente todavía a los del grupo que ejercía la dirección del mismo en cada momento.

Otra consecuencia de todo ello fué la incapacidad de los partidos comunistas de aplicar de manera creadora el propio

marxismo al análisis de la nueva situación política internacional. La subordinación a los intereses del Estado soviético era teorizada con categorías generales que tenían muy poco o nada que ver con las contradicciones concretas de cada Estado capitalista. El ejemplo más conocido y de consecuencias más nefastas fué la famosa línea política de "clase contra clase. Con ella no sólo no se tenían en cuenta las contradicciones internas de las clases dominantes -- a nivel nacional e internacional -- y se simplificaban las relaciones de clase en las sociedades capitalistas desarrolladas sino que se trazaba una línea divisoria que colocaba al otro lado -- al lado de la "burguesía" -- a los socialistas y se teorizaba la división del movimiento obrero como un elemento fundamental de la revolución.

Desde el punto de vista doctrinal, todo este proceso desembocó en la casi absoluta esterilidad teórica de los partidos comunistas. Después de la gran explosión de la reflexión teórica a principios de los años veinte -- Korsck, Lukacs, Bujarin, Preobrazhenski, etc. -- el pensamiento creador se agostó.

El modelo soviético se idealizó, sin tener en cuenta sus contradicciones internas ni los virajes en la propia construcción de la nueva sociedad. Las trágicas pugnas entre los dirigentes principales de la URSS fueron ignoradas o bien se solventaron aceptando sin más la versión del grupo vencedor. El modelo soviético se convirtió en un modelo de validez general. Stalin absolutizó este modelo y canonizó la teoría. El pensamiento vivo de Lenin fué reducido a una serie de principios rígidos de validez universal. Se trazó una línea de división rígida en el seno del propio pensamiento marxista, distinguiendo una ortodoxia rígida y una heterodoxia nefanda en la que se colocaban todos los pensadores marxistas que no comulgaban con las ideas de Lenin o que se oponían a la Revolución Rusa.

Y lo dramático era que la propia situación política general hacía de los partidos comunistas sujetos pasivos de este proceso.

RENOVACION Y BLOQUEO DE LOS PARTIDOS COMUNISTAS

III. ~~LA TRADICIÓN POLITICA COMUNISTA Y LOS ANTECEDENTES DEL EUROCOMUNISMO.~~

La situación descrita hasta aquí no excluye que durante los primeros años hubiesen algunos atisbos de pensamiento comunista creador en los diversos partidos nacionales. Quizá fué en Italia donde el intento fué más explícito, especialmente por parte de Gramsci. Este fué, sin duda, el primero que intentó un análisis marxista de las condiciones nacionales italianas de la lucha de clases aunque, todo hay que decirlo, sin poner en duda -- en los primeros años -- la validez general del modelo soviético.

Pero en el curso de la década de 1930 las cosas empezaron a cambiar.

Los Frentes Populares. La gran crisis de 1929 no dió lugar, como habían anunciado los dirigentes soviéticos y con ellos los demás dirigentes comunistas, a un auge revolucionario de las masas capaz de dar un nuevo y decisivo impulso a la revolución socialista mundial.

En Alemania, centro neurálgico de Europa, los resultados exactamente los contrarios. El movimiento obrero, dividido y enfrentado, fué derrotado y triunfó el nazismo. En Italia se consolidó el fascismo. En otros países capitalistas desarrollados se inició una importante fase de reorganización del Estado que, sobre la base de las doctrinas económicas del keynesianismo, superó el viejo laissez-faire del liberalismo y abrió el camino al Welfare State o Estado del bienestar.

Ante el auge del nazi-fascismo y de sus variantes nacionales, en todos los países capitalistas la tarea que se colocó en primer plano fué la defensa de los sistemas democráticos y de las libertades públicas. A la vez, ante la amenaza hitleriana, en muchos círculos dirigentes de los países capitalistas se empezó a abrir paso otra concepción de las relacio-

nes con la URSS, aunque seguía predominando la componente antisoviética -- como se pudo comprobar en la famosa cumbre de Munich.

La nueva situación provocó cambios en la orientación de la III Internacional y también en los partidos comunistas. El VII Congreso de la Internacional Comunista se planteó con gran vigor un cambio total de la estrategia seguida y puso el acento en la necesidad de defender los sistemas democráticos y las libertades públicas ante la amenaza del nazi-fascismo. Se abandonó la línea de "clase contra clase", se buscó la unidad con los socialistas y, sobre esta base, se planteó la política de amplias alianzas democráticas con sectores de la propia burguesía nacional mediante la constitución de frentes populares.

También en el seno de los partidos socialistas se inició una nueva línea de acción que, en sus rasgos generales, llevaba a la confluencia con los planteamientos comunistas.

Los frentes populares fueron una gran iniciativa política de resultados muy importantes, aunque desiguales según los países.

En lo que concierne a los partidos comunistas, no cabe duda de que los frentes populares significaron un cambio muy importante. Desde el punto de vista de la teoría política, la política de frente popular conllevaba una mejor valoración de las contradicciones entre las clases dominantes y entre las diversas formas del Estado capitalista. Desde un punto de vista estricto de clase el Estado hitleriano era un Estado burgués y el Welfare State también. Pero no eran lo mismo, ni siquiera para el movimiento obrero. Defender la democracia en un sistema capitalista significaba, pues, para los comunistas defender determinadas formas del Estado "burgués" frente a otras, con lo cual quebraba la vieja teoría que los reducía a todos al mismo denominador.

Naturalmente, esto obligaba a una nueva reflexión -- que sólo se hizo en parte -- sobre las contradicciones internas de las clases dominantes y las contradicciones entre las propias instituciones del Estado capitalista.

Otro cambio importante es que los frentes populares obligaban a plantearse con una nueva óptica el factor nacional de la

lucha de clases. Las alianzas del frente popular diferían de un país a otro y los resultados políticos también. En consecuencia, había que prestar una atención primordial al componente nacional del propio frente popular, en detrimento de las concepciones falsamente internacionalistas de la fase anterior. Esto tuvo una enorme importancia política porqque la lucha abierta contra el nazi-fascismo tomó formas distintas según los países pero en todas partes fué una lucha de liberación nacional, que contraponía el factor patriótico y nacional al invasor nazi-fascista. Al propio tiempo, esto dió un renovado impulso a la vinculación entre el movimiento obrero y el movimiento nacional en cada país.

Otra consecuencia no menos decisiva de los frentes populares fué que con ellos se dió el primer gran paso efectivo hacia la nueva unidad del movimiento obrero. Cierto que este paso no fué suficiente, que en muchos casos no pasó de intento, que con él no se superaron las anteriores reticencias y desconfianzas y que, al final, el movimiento obrero se volvió a dividir. Pero el paso había sido dado y la lección se había aprendido. Para muchos trabajadores era evidente que su situación había mejorado con la unidad entre socialistas y comunistas y que, por tanto, las esperanzas de un progreso ulterior iban ligadas al mantenimiento y al reforzamiento de esa unidad.

De todos modos, el estallido de la II Guerra Mundial cambió la situació y abrió una nueva y decisiva fase en la evolución de todas las fuerzas políticas y, naturalmente, de los comunistas.

La II Guerra Mundial y la guerra fría. Con la II Guerra Mundial y la postguerra inmediata, los partidos comunistas sufrieron una profunda transformación.

En general, los partidos comunistas se convirtieron en los elementos de punta en la lucha contra el nazi-fascismo y, por tanto, en elementos centrales de un gran combate de afirmación nacional. Así ocurrió, especialmente, en Francia, en Ita-

lia, en Yugoslavia y en Grecia. Su protagonismo no fué igual en cada país, naturalmente, pero en general todos ellos experimentaron un fuerte auge como partidos nacionales.

En España, desgraciadamente, la situación fué muy diferente. Aquí el Partido Comunista desempeñó un papel fundamental en la lucha contra el fascismo y como tal también conoció un gran auge entre 1936 y 1939. Pero en España, pese a la muy notoria y decisiva intervención de la Alemania nazi y la Italia fascista, la lucha no fué contra un enemigo exterior sino una guerra civil. Y en esa guerra civil, los comunistas, al igual que los socialistas y los demócratas en general fueron derrotados. De este modo, mientras los demás partidos comunistas encabezaban grandes movimientos nacionales de resistencia y de liberación contra un enemigo exterior durante la II Guerra Mundial, el Partido Comunista de España libraba una dificilísima batalla clandestina contra el régimen franquista después de una derrota catastrófica de todas las fuerzas democráticas. Y mientras los demás partidos comunistas aparecían como grandes partidos victoriosos en su lucha nacional, los comunistas españoles tuvieron que esperar muchos años para conseguir una difícil y contradictoria transición a la democracia en la que su lucha difícil y heroica contra el franquismo quedó oscurecida.

Salvando, pues, esta diferencia y salvando también los distintos avatares de cada país -- como el caso de Grecia, por ejemplo -- el hecho es que al terminar la II Guerra Mundial los partidos comunistas habían experimentado un cambio fundamental. Eran grandes partidos de masas, con un gran prestigio por su capacidad de combate y de organización, plenamente insertos en la prpia realidad nacional, exponentes de la conciencia patriótica más avanzada y portadores de las aspiraciones de grandes masas de la población a un cambio social y político en profundidad. Algunos de ellos se convirtieron, incluso, en partidos de gobierno dentro de un Estado que seguía siendo capitalista. Además, su vinculación con la Unión Soviética constituía también un elemento favorable, pues

se beneficiaban del enorme prestigio que la U.R.S.S. había adquirido en la lucha contra la Alemania de Hitler y la Italia de Mussolini. Finalmente, la alianza de las principales potencias capitalistas, encabezadas por los Estados Unidos y Gran Bretaña, con la Unión Soviética contra el nazi-fascismo había modificado por lo menos temporalmente la situación de preguerra y las tensiones entre el mundo capitalista y la URSS. Y esta distensión permitía a los partidos comunistas distanciarse de su papel anterior de avanzadillas -- reales o supuestas -- del Estado soviético en territorio adversario.

Se abrió con ello una nueva fase. Y con la nueva fase una nueva reflexión teórica que tuvo su expresión más plástica en la célebre "svolta" de Salerno del P.C. Italiano, pero que también se desarrolló en otros países con resultados diversos. Esta nueva reflexión teórica contó con la aportación de los escritos de Gramsci en la cárcel, reeuperados y publicados por el P.C.I., en los que se llevaba a cabo planteamiento original de la estrategia comunista, en función de la realidad nacional y en contraposición a la pretensión anterior de un modelo único.

Sin embargo, todas estas perspectivas fueron bloqueadas en gran parte -- y en algunos casos frustradas -- por la"guerra fría" en los años inmediatamente posteriores a la guerra mundial.

La guerra fría llevó a su culminación la división del mundo en dos bloques antagónicos. La Unión Soviética ya no era el único bastión del socialismo sino que estaba rodeada por una serie de países que también se encaminaban hacia el socialismo a través de la vía de las "democracias populares". Cierto que en la mayoría de éstas la ruptura con el sistema capitalista de había producido gracias a la presencia del Ejército soviético.La excepción más importante y significativa fué Yugoslavia. Pero en todos ellos se había iniciado un proceso de afirmación y diferenciación nacional cuya forma política era precisamente la de la democracia popular. Ese proceso fué detenido y frustrado por la guerra fría y y las "democracias populares" fueron substituídas por la exportación pura y simple del modelo soviético y por la creación de un bloque dirigido y cimentado

por la URSS. El único país capaz de oponerse a esta transformación era Yugoslavia, porque en él había habido una auténtica revolución nacional dirigida por el Partido Comunista y no impuesta desde fuera.

En los países capitalistas, los comunistas fueron expulsados de sus puestos en los gobiernos y se abrió una nueva fase de anticomunismo agudo que abrió un profundo foso en cada país entre los comunistas por un lado y las demás fuerzas políticas e ideológicas por otro. Una de las consecuencias de ello fué la "recuperación" por parte de los Estados Unidos de todas las dictaduras de derechas, entre ellas la del general Franco.

La línea divisoria principal en el plano internacional fué por consiguiente, la de los dos grandes bloques políticos y militares. Con ello los partidos comunistas de los países capitalista se vieron constreñidos, contra su voluntad ahora, a desempeñar el papel de punta avanzada de un bloque dentro del otro. Y en ese empeño coincidían, aunque fuese por intereses diferentes, tanto los dirigentes de los Estados Unidos como los de la URSS. Los primeros porque su pretensión principal era aislar a los comunistas. Los segundos porque efectivamente les interesaba tener una cabeza de puente dentro del otro bloque.

Pero la situación de los partidos comunustas ya no era, pese a todo, la de antes de la guerra mundial. Ya no eran los partidos minoritarios y aislados de entonces sino auténticos partidos de masas , especialmente en Italia y en Francia, con un prestigio nacional y una inserción en el tejido social que contrastaba profundamente con el papel que la guerra fría les quería hacer asumir.

Los partidos comunistas pagaron, en general, un precio muy alto para agunatar esa embestida. Les costó mucho salir del aislamiento y en muchos casos se puede decir que todavía no lo han conseguido del todo. Todo conspiraba para aislarles y para encerrarles en si mismos. Y no faltaban los que en su seno aceptaban plenamente esa situación, se refugiaban en las certidumbres claras y contundentes de antaño, forjaban una especie de sociedad aparte dentro de la sociedad y cultivaban una cultura propia y diferenciada.

Frente a todo ello algunos partidos iniciaron un gran proceso de renovación política, ideológica y organizativa. El Partido Comunista Italiano fué el que lo llevó a cabo primero y con más profundidad. Otros, como el P,C.E., hicieron cambios importantes en una situación mucho más

difícil.

Crisis y renovación de los partidos comunistas en los últimos veinticinco años.

Este proceso de renovación se ha acelerado sobre nuevas bases en las dos últimas décadas.

Basta recordar la serie de acontecimientos que jalonan estos veinticinco últimos años para comprender el alcance y la profundidad de la cuestión.

A finales de los años cincuenta -- en 1956 -- tuvo lugar el XX Cobgreso del P.C. de la Unión Soviética en el que se planteó crudamente la denuncia del stalinismo. Para todo el movimiento comunista fué unaauténtica conmoción pues aunque la condena no llegó al fondo y se limitó a una denuncia de los "excesos" y los "errores" de Stalin de hecho lo que se planteaban era el problema de un sistema que había posibles tales excesos y tales errores. A partir de entonces ya no era posible seguir enfoncando la relación con la URSS y con el PCUS de la misma manera y por tanto empezaba a quebrarse uno de los supuestos fundamentales de la trayectoria anterior de todos los partidos comunistas.

La crisis se manifestó inmediatamente de forma dramática en los propios países del Este de Europa, especialmente en Polonia y Hungría. En este último tomó la forma de una auténtica insurrección contra el PC stalinista , insurrección que fué sofocada violentamente por el propio Ejército soviético.

A finales de la misma década otro gran acontecimiento conmovió el movimiento comunista: la revolución cubana. Esta gran revolución se había hecho por unas vías y con unas fuerzas que no tenían nada que ver con las vías y las fuerzas teorizadas por el propio movimiento comunista. Se abría,pues, una fase original del proceso revolucionario en América Latina que obligaba a los comunistas a replantearse muchas y muy importantes cosas.

A comienzos de los años sesenta se produjo la espectacular ruptura entre el P.C. de la Unión Soviética y el P.C. de Chi-

na, que se convirtió también enruptura entre ambos Estados socialistas.

Este conflicto no sólo dividió profundamente a los partidos comunistas sino que mostró también la fragilidad de algunos de los principios en que se había asentado hasta entonces el movimiento comunista, como el principio de que no podía haber conflictos bélicos ni enfrentamientos antagónicos entre países socialistas.

De hecho, el choque político y doctrinal entre soviéticos y chinos invalidó la idea misma de un movimiento comunista general dirigido desde un centro único. Ambas potencias tendieron a buscar el alineamiento de los partidos comunistas en torno a sus posiciones -- es decir, a substituir el centro único por dos centros o a crear dos movimientos comunistas internacionales --. Y aunque en un primer momento muchos partidos comunistas se decidieron a alinearse -- aun a costa de escisiones internas --, pronto empezó a manifestarse una fuerte tendencia al no alineamiento y a la independencia.

Esta tendencia estaba alimentada, además, por otro conjunto de hechos. Nos referimos a la gran explosión del movimiento de liberación nacional que ocurrió a finales de los años cincuenta y principios de los sesenta. Cierto que muchos movimientos de liberación fueron prontamente instrumentalizados por las antiguas potencias coloniales o por la que sustituía a éstas , los Estados Unidos. Cierto también que muchos de estos movimientos no pasaron de operaciones de superficie y se quedaron en un simple recambio de élites dirigentes. Pero a pesar de estas limitaciones era evidente que se estaba formando una inmensa ola de fondo y que se ponía en marcha una serie de acontecimientos políticos y económicos que iban a transformar la realidad política y social de todo el mundo.

Pues bien, estos movimientos de liberación nacional seguían en la mayoría de los casos vías propias y muy específicas que rompían, una tras otra, los viejos esquemas doctrinales y los viejos modelos. Y el resultado global era la aparición de un inmenso mosaico de nuevas fuerzas políticas,movidas por un espíritu antiimperialista general, pero no por ello alineadas con

los intereses del bloque soviético.

El movimiento de países no alineados, que se empezó a materializar también a finales de los años cincuenta bajo la iniciativa de dirigentes de tanto prestigio internacional como Tito, Nehru y Chu-en-Lai, se convirtió en una gran fuerza que tendía objetivamente a poner en crisis la división del mundo en dos grandes bloques, tal como surgió de la II Guerra Mundial.

La aparición de este conjunto de fuerzas obligaba a los partidos comunistas a replantearse otro de sus elementos doctrinales básicos: la noción de internacionalismo. Este no se podía concebir ya como la fidelidad a la URSS o al bloque soviético. Y no sólo porque porque habían aparecido tremendos conflictos y escisiones entre los partidos y los países socialistas sino porque era impensable que se pudiese desarrollar un gran movimiento anti-imperialista sin los países no alineados que se iban emancipando del yugo colonial y sin las fuerzas que protagonizaban estas luchas, todas ellas caracterizadas por su heterogeneidad política e ideológica.

En general, los partidos comunistas se plantearon estos problemas de manera desigual. Una vez más el que fué más a fondo fué el dirigente del P.C. Italiano, Palmiro Togliatti, quien en su célebre "Memorial de Yalta", escrito a manera de testamento pocos días antes de su muerte planteó ya con rotundidad los nuevos problemas con que se enfrentaban los partidos comunistas y abordó las principales respuestas. En los demás partidos comunistas hubo reacciones dispares. Algunos optaron por un alineamiento acrítico y un refugio en las viejas teorías. Otros quedaron semiparalizados ante la amenaza de una escisión interna -- la que se denominó "pro-china" -- cuyo alcance era imposible prever en aquellos momentos. Otros empezaron a elaborar unas nuevas respuestas, aunque todos condicionados por su situación respectiva. Tal fué, por ejemplo, el caso del P.C. de España, que se encontraba en plena lucha clandestina contra el franquismo.

Pero no terminaban aquí las novedades. La década de los sesenta fué un período de enorme expansión del capitalismo monopolista y de las multinacionales. El desarrollo

económico y tecnológico de aquellos años provocó, a su vez, un auge del empleo y abrió el camino para cambios estructurales profundos en el propio sistema capitalista. En Europa se puso en marcha la Comunidad Económica Europea que parecía capaz de superar en poco tiempo los problemas creados por la multiplicidad de fronteras y de ordenamientos estatales en el continente europeo.

Este desarrollo impetuoso creó, desde luego, nuevas contradicciones entre las potencias capitalistas. Pero en unos primeros momentos estas contradicciones no se percibían con claridad y lo que aparecía en primer plano era,precisamente, las consecuencias del desarrollo sobre el nivel de vida de las gentes y muy particularmente de los trabajadores.

En muchos sectores de la izquierda de los países de capitalismo desarrollado se abrió paso la idea de que el centro de gravedad de la revolución mundial se había desplazado definitivamente hacia el "tercer mundo" y que la clase obrera de los países europeas había sido"integrada"sin remedio en los mecanismos económicos y culturales del capitalismo y ,por tanto, había dejado de ser una fuerza revolucionaria y transformadora.

La heroica lucha del pueblo del Vietnam contra la agresión norteamericana y la expansión del modelo cubano por otros países de América Latina, bajo la inspiración casi mítica del Che Guevara,eran el telón de fondo de estas concepciones, muy difundidas entre amplies sectores de una izquierda joven y combativa, que cada vez se alejaba más de los partidos comunistas tradicionales.

Todos estos problemas hicieron crisis al mismo tiempo. Hay anos que parecen resumir en si mismos toda la problemática de una década o de un lustro. 1956 ya había tenido este carácter.x en la década anterior. 1968 fué el año clave de la década de los sesenta.

En 1968 se empezó a manifestar con contundencia la crisis profunda del propio desarrollo del capitalismo. Fué el año del mayo francés, del"otoño caliente" italiano, de los grandes movimientos estudiantiles en todos los países de capitalismo desarrollado, inclusive en los Estados Unidos. Fué el año de la masacre de estudiantes en México. Y fué el año en que alrededor

de estos acontecimientos se empezó a dibujar la posibilidad -- que luego no se materializó -- de una nueva izquierda política y doctrinal, al margen de los partidos socialistas y comunistas tradicionales.

Un año antes había sido asesinado en Bolivia el Che Guevara . La guerra de Vietnam estaba en su momento culminante y constituía un factor de crisis profunda entre la juventud y amplios sectores de la sociedad de Estados Unidos.

Y añadido a todo ello, en 1968 fué el año de la "Primavera de Praga", el año de la posible renovación interna del sistema socialista en Checoslovaquia. Muchas y grandes esperanzas se habían depositado en la experiencia checoslovaca , tanto por la izquierda no comunista como por amplios sectores de los propios partidos comunistas. Checoslovaquia era la demostración de que el sistema de socialismo existente en los países del bloque soviético se podía modificar pacíficamente para convertirlo en un socialismo con plenitud de libertades democráticas. Pero la experiencia checoslovaca terminó trágicamente con la invasión de las tropas del Pacto de Varsovia.

Ante este conjunto de acontecimientos, los partidos comunistas se encontraron en una verdadera encrucijada. Algunos reaccionaron intentando mantener las viejas solidaridades y aprobaron sin condiciones la intervención militar en Checoslovaquia, buscando con ello el reforzamiento del bloque soviético ante la nueva situación y también el mantenimiento de su espacio político tradicional en el propio país. Otros hicieron una condena matizada, que expresaba la profundidad de sus vacilaciones y de su malestar. Otros, como el P.C. Italiano y el P.C. de España expresaron una condena total, sin paliativos. Y con ello abrían una vía totalmente nueva, puesto que la condena de la intervención en Checoslovaquia equivalía a romper con la noción misma de un movimiento comunista internacional y a encaminarse hacia una forma original de no alineamiento. Naturalmente, ninguna de estas grandes decisiones se tomó sin pagar un precio alto en tensiones y escisiones interiores, pues en todos los partidos existían sectores fuertemente apegados a las nociones tradicionales y a la cultura comunista forjada en los años anteriores.

De todos modos, para el movimiento revolucionario la década de los sesenta terminaba con una cierta dosis de optimismo. Era indudable la crisis del sistema de los dos bloques mundiales, ambos bloques conocían una profunda crisis de valores, emergían nuevas fuerzas en todos los continentes, etc.

La década de los setenta ha modificado, sin embargo, algunas de estas perspectivas. Es cierto que la crisis de los bloques se ha acentuado, pero no ha disminuído su fuerza y su presencia en el plano político y militar.

En el mundo capitalista se ha entrado en una crisis económica profundísima y de largo alcance, no sólo motivada por el problema de la energía. Está en crisis todo un modelo de acumulación y el resultado es el estancamiento económico, la inflación, el paro y la paralización de algunos proyectos tan fundamentales como la propia Comunidad Económica Europea.

La crisis ha afectado también a los modelos políticos que predidieron el desarrollo de los años sesenta. Y uno de estos modelos ha sido el de la socialdemocracia en los países del norte y del centro de Europa.

Por otro lado, los comunistas de los países de capitalismo desarrollado, a medio camino entre sus planteamientos tradicionales y su renovación, no han aparecido como fuerzas capaces de dar una alternativa. Y cuando han estado en condiciones de darla -- como en el caso del P.C. Italiano -- la presión norteamericana y los condicionamientos de la política de bloques le han cerrado el paso.

El hecho decisivo,pues, es que en los países de capitalismo desarrollado no sólo se ha producido una tremenda crisis económida y social, convertida en verdadera crisis de valores, sino que ante ella no ha aparecido una gran alternativa capaz de dar satisfacción a las aspiraciones generales de cambio y de renovación.

De ahí que en la mayoría de los países capitalistas desarrollados hayan resurgido con fuerza las concepciones corporativistas y los reflejos conservadores de muchos sectores sociales que se sienten amenazados -- sin excluir a sec-

tores de la propia clase obrera. Y que sobre esta base hayan triunfado en muchas ocasiones las opciones políticas más conservadoras y derechistas, con un programa político que tiende a desmontar los mecanismos del Welfare State y a relanzar la acumulación capitalista en nombre del liberalismo.

Y cuando han triunfado las alternativas de izquierda -- como en el caso de Francia y Grecia -- ha sido por una confluencia de factores nacionales, pero también porque los partidos socialistas triunfantes se han presentado con nuevos planteamientos y con una nueva imagen, en contraposición a los planteamientos y a la imagen de los partidos socialistas y socialdemócratas tradicionales. De hecho, tanto el Partido Socialista Francés como el PASOK griego son una combinación de socialismo, de populismo y de nacionalismo popular y como tales rompen con la imagen de unos partidos ideológica y orgánicamente cerrados, como los de hace unos años.

Por otro lado, en la década de los setenta se ha acentuado también la crisis del bloque de los países de "socialismo real", como se les ha dado en llamar. No nos referimos sólo a la crisis económica, patente incluso en la Unión Soviética pero desigualmente sentida en cada uno de estos países. Ha habido y hay una profunda crisis política, cuya manifestación más dramática es la situación de Polonia, culminada de momento con la proclamación de un régimen militar.

A principios de los años setenta se produjo un gran acontecimiento político: el triunfo del Vietnam frente al imperialismo norteamericano. Todas las esperanzas puestas por las distintas fuerzas de izquierda en la lucha del pueblo vietnamita parecían cumplidas. Pero poco después se produjo la tremenda conmoción de los choques militares entre China y Vietnam y el trágico conflicto de Camboya, que sumían otra vez en la perplejidad a amplios sectores de la izquierda.

En América Latina, el impacto renovador de la revolución cubana había sido duramente frenado por los Estados Unidos, precipitando a Cuba en un modelo político y económico totalmente vinculado al bloque soviético. El triunfo de la revolución

sandinista en Nicaragua y el auge del movimiento de liberación en El Salvador han consistuído, sin embargo, dos importantes progresos que constituyen otros tantos centros de referencia para una nueva solidaridad internacional de las fuerzas de izquierda.

También ha habido importantes modificaciones en Africa y Asia. El triunfo de los regímenes populares en Angola y Mozambique, la derrota del colonialismo en Rhodesia, la lucha del pueblo saharauí encabezado por el Frente Polisario, etc. son otros tantos elementos de enorme significación. En Asia, la derrota espectacular del régimen del Sha significó también una derrota grave del imperialismo norteamericano.

Pero los acuerdos de Camp David, propiciados por los Estados Unidos han relanzado la iniciativa de estos en una zona tan fundamental como es el Oriente Medio. Y por otro lado, la ocupación del Afganistán por las tropas soviéticas ha colocado toda esta zona dentro de la política de bloques, infligiendo un golpe durísimo al movimiento de países no alineados .

La ocupación de Afganistan plantea además otro importante problema para los partidos comunistas. No nos referimos únicamente a la cuestión de la "exportación" del socialismo por la vía militar, tema desde luego fundamental. Nos referimos también al hecho de que la ocupación de Afganistán choca totalmente con la tendencia a superar los bloques militares, a impulsar el no alineamiento, a hacer frente al imperialismo mediante la movilización de amplios sectores de la población, política e ideológicamente diversos, y coloca a todas las fuerzas ante el hecho brutal y contundente de la expansión de los bloques militares. Si esta es la vía que se ha seguido en Afganistán, ¿por qué no aplicarla en otros casos, tanto en uno como en otro bloque ? Y si ésta es la vía que se va a seguir, ¿qué queda de los movimientos populares de liberación nacional, qué queda de las movilizaciones y las luchas de los trabajadores y demás sectores populares, qué queda, en definitiva, de los partidos de izquierda y de los propios partidos comunistas ?

El resultado global, al final de los años setenta, es pues una situación de crisis profunda en ambos bloques, un aumen-

to de la tensión internacional, un reforzamiento de la política de rearme y de gastos militares, una tendencia de los bloques a aumentar su ámbito de dominación respectivo.

Esta situación es especialmente grave y tensa en Europa, continente dividido en dos sistemas sociales diferentes, ocupado militarmente por los EEUU y la URSS, convertido en arsenal de unas armas nucleares que los propios europeos no controlan y metido de lleno en una crisis económica y social profunda. En la propia Europa han empezado a surgir, no obstante, nuevos factores de cambio, nuevas posibilidades de alternativa. Se ha desarrollado con gran ímpetu un nuevo movimiento por la paz, el desarme y la distensión, entre los propios gobernantes europeos --incluso de derecha -- se acentúan las distancias respecto a los EEUU, han triunfado -- como recordábamos antes -- alternativas de izquierda en Francia y Grecia y, en general, aparecen posibilidades y potencialidades nuevas.

Naturalmente, este panorama afecta profundamente a los partidos comunistas. La renovación iniciada en los años sesenta choca ahora con nuevos problemas pero se ve impulsada a su vez por nuevas necesidades. Si en los años sesenta se empezó a hablar del eurocomunismo, casi como un término descriptivo para designar las opciones que tomaban algunos partidos comunistas europeos , hoy el eurocomunismo es un auténtico concepto que designa -- o intenta designar -- una vía propia, específica, tanto en el plano táctico como en el estratégico, y también una via propia en lo que se refiere a la estructura y a la organización interna de los propios partidos comunistas.

Este es, sin duda, un movimiento de largo alcance, cuyo ritmo y cuyos resultados no dependen sólo de la voluntad de los propios partidos comunistas sino también de muchas circunstancias nacionales e internacionales que, como es lógico, afectan diversamente a cada partido comunista.

Los acontecimientos que han marcado la historia reciente -- y que nosotros hemos intentado resumir en las páginas anteriores -- han sido decisivos para este movimiento de renovación. Sobre estas bases se ha iniciado un replanteamiento profundo de la propia tradición comunista y del papel político de

los partidos comunistas. El eurocomunismo no es su culminación ni, menos todavía, su formulación plenamente acabada y cuadriculada sino la expresión de una serie de problemas y de las respuestas que se proponen en una situación cambiante. Pero también hay que decir que no es una simple adaptación a las nuevas circunstancias, una forma de salvar la cara y cambiar la imagen para mantener todo lo demás intacto, sino un movimiento de fondo que hunde sus raíces en la historia del movimiento obrero y en la historia política de cada país.

Se trata, pues, de examinar ahora cuáles son las modificaciones que el eurocomunismo propone y provoca por si mismo en el terreno de la teoría política y en el de la organización. Y, más allá, cuál es el papel político de los partidos comunistas en el mundo actual. Esa es la tarea que nos proponemos abordar a continuación.

Pero antes queremos decir unas palabras sobre el anticomunismo y sus efectos generales sobre la tradición de los propios comunistas.

El anticomunismo. Mencionar el anticomunismo cuando hablamos de la tradición comunista puede parecer un contrasentido o un mero juego de palabras. Pero a nuestro entender no es así.

Toda la historia de los partidos comunistas de los países de capitalismo desarrollado se ha hecho en un marco político y social fuertemente condicionado por el anticomunismo militante.

Los partidos comunistas han sido históricamente partidos de lucha. Que esta lucha fuese acertada o errónea, que diese resultados favorables o desfavorables es otra cuestión. Pero en todo caso y en todo momento la cultura y la organización de los comunistas han estado impregnados de su voluntad de lucha y de su capacidad de militancia.

La historia de los partidos comunistas empieza no sólo con el triunfo de la Revolución de Octubre y con la construcción de la primera sociedad anticapitalista -- la Unión Soviética -- sino también con una crisis profunda del capitalismo como sistema y como conjunto de valores y de instituciones.

Entiéndase bien. Cuando hablamos de crisis profunda del capitalismo no queremos decir que éste se estuviese hundiendo. Queremos decir, eso sí, que había terminado toda una fase y que se abría camino otra. El mapa político de la Europa capitalista había cambiado profundamente después de la I Guerra Mundial. Las grandes potencias del siglo XIX y comienzos del XX empezaban a ser substituídas por otra nueva, los Estados Unidos. La economía capitalista europea había entrado en una crisis tremenda y cuando empezaba a rehacerse sufrió los efectos de la del prppio sistema norteamericano en 1929.

El resultado de todo ello era la crisis de valores y de las instituciones políticas. Se había hundido el imperio alemán y el imperio austro-húngaro. Había terminado también toda una fase del movimiento socialista internacional -- la de la II Internacional -- y empezaba otra, marcada por el hecho de la revolución soviética y el nacimiento de la III Internacional. En todos los Estados capitalistas resurgía con fuerza el nacionalismo, no ya con las características del siglo XIX, cuando el

proyecto político de éste era la creación o la consolidación de grandes Estados nacionales sino como una expresión de las frustraciones y de los afanes de revancha provocados por los resultados de la guerra mundial.

La nueva Unión Soviética se erguía como una alternativa global y radical y así era vista y combatida por las clases dominantes. Se iniciaba con ello la división de Europa -- y luego del mundo -- en dos bloques antagónicos.

Y ese antagonismo se trasladó al plano interior de cada país. En los antiguos imperios centrales fueron frustrados a sangre y fuego los intentos de revolución inspirados en el ejemplo ruso.

Por otro lado, grandes sectores de la pequeña burguesía directa y brutalmente afectados por la crisis, eran presa de una exasperación que dirigían igualmente contra el movimiento obrero y contra el sistema capitalista liberal. Surgía así la base de un movimiento político de nuevo tipo, un movimiento ultranacionalista de masas que se proponía la implantación de un sistema dictatorial; el fascismo, cuya justificación principal era, precisamente, el anticomunismo. El anticomunismo se convirtió, de esta manera, en una especie de cimiento ideológico que servía para justificarlo todo. La crisis no era del sistema sino que estaba provocada por un enemigo exterior: la URSS. Si los trabajadores protestaban y luchaban no lo hacían por sus propios intereses sino porque estaban manejados por el comunismo internacional. Y así sucesivamente.

De la misma manera que en los primeros años del movimiento obrero organizado, a mediados del siglo XIX, todos los conflictos se achacaban a la mano de la "Internacional", entendida como algo misterioso y siniestro, ahora todo se debía a la "mano de Moscú".

Con ello no sólo se difuminaban y ocultaban las responsabilidades de las propias clases dominantes, no sólo se enmascaraba el auténtico carácter imperialista de la guerra mundial y de los conflictos subsiguientes, sino que se conseguía conver-

tir las manifestaciones internas de la lucha de clases en una especie de lucha de clases internacional, en la que unos estaban a un lado, otros al otro y los comunistas no eran más que la prolongación del adversario global en la propia casa.

El ejemplo de España es tremendamente aleccionador. La guerra de 1936-39 fué una guerra civil, pero se presentó, se justificó y se explicó después como una guerra exterior, como una guerra de España contra un enemigo de fuera: el comunismo internacional.

Desde hacía muchos años, el Ejército español no libraba ninguna guerra exterior. A lo largo del siglo XIX -- y dejando a parte las incursiones coloniales en Marruecos -- sólo libró guerras interiores contra el carlismo. La última guerra exterior fué con Estados Unidos y se saldó con una derrota humillante y con la pérdida de los últimos restos del antiguo imperio colonial.

A lo largo del siglo actual, el Ejército ha seguido librando combates interiores, pero ya contra dos adversarios distintos: contra el movimiento obrero en primer lugar y contra los nacionalismos periféricos en segundo lugar. La Ley de Jurisdicciones, la Semana Trágica, la represión del movimiento huelguístico de 1917, la dictadura de Primo de Rivera y finalmente la guerra de 1936-39 son otros tantos hitos de esta acción militar exclusivamente interior, salvando también la intervención en Marruecos.

Pues bien, esto ha configurado una determinada ideología militar, una determinada concepción de la patria entre los militares españoles. La unidad de España se ha confundido con el centralismo del Estado. Y la defensa de la patria con la lucha contra un pretendido enemigo exterior que tenía sus agentes en España: el comunismo internacional.

¿Cómo era posible en 1936-39 conciliar lo que se decía con lo que se hacía? ¿Conciliar la defensa de España y de la religión católica con el hecho de que en esa defensa tenían una parte muy importante las tropas de Hitler, las de Mussolini y los soldados musulmanes de Marruecos ? Simplemente, convirtiendo la guerra entre españoles en una cruzada contra un enemigo exterior: la URSS

y el comunismo internacional. Con ello se conseguía, además, transformar un conflicto interno en guerra exterior.

Esa ideología -- agravada luego por la desaparición de los elementos liberales del seno del Ejército en la inmediata postguerra -- configuró una ideología militar española cuyo componente principal ha sido el anticomunismo.

Y si hemos traído a colación el ejemplo del ejército ha sido porque es el más evidente. Pero lo mismo cabe decir --salvando las diferencias -- de la administración pública, de la Iglesia y de los grandes poderes económicos.

El anticomunismo, servido durante los años del franquismo por una propaganda machacona y elemental, ha impregnado todos los poros de la sociedad, incluyendo a la propia clase obrera. Y en ello no ha dejado de influir la vieja tradición anarquista, que también era profundamente anticomunista, aunque por otras razones.

La acción de los comunistas se ha desarrollado, pues, en un marco social que tendía a convertirlos en el enemigo absoluto y que les negaba su condición de patriotas. Todo conspiraba, pues, para hacer de ellos un cuerpo aparte, una sociedad diferente dentro de la sociedad.

Y hay que decir que ellos mismos contribuían a eso en la medida que asumían como tarea fundamental los intereses del Estado soviético, identificados como los intereses generales del socialismo en todo el mundo.

Todo esto ha desfigurado enormemente la imagen de los comunistas y les ha hecho perder una buena parte del capital político que ganaban legítimamente. Así, por ejemplo, nadie puede negar que en España los comunistas han sido los que de manera más sacrificada, más consecuente y más audaz han luchando sin desfallecer contra la dictadura franquista y por la restauración de las libertades. Sin embargo, aun hoy no han podido capitalizar a fondo los resultados de esta lucha por las características que ha revestido la transición a la democracia.

Sólo allí donde la lucha de los comunistas se libró contra un adversario exterior perfectamente delimitado -- como en el caso de la resistencia anti-hitleriana durante la

II Guerra Mundial -- pudo esta lucha dar grandes resultados políticos y romper la granítica línea divisoria del anticomunismo. Y aun así, la guerra fría inutilizó una buena parte de este resultado y estableció una nueva línea divisoria que colocaba -- o intentaba colocar -- a los comunistas al lado de los enemigos de la libertad y de la patria, como agentes del adversario extranjero.

Una buena parte de la lucha de los comunistas se ha tenido que dedicar, pues, a romper este círculo, a reivindicar su auténtica condición nacional, a demostrar su faz verdadera de luchadores por la libertad y la democracia en cada país. Por eso y por su primitiva fidelidad a un modelo como el de la URSS quizá han tenido que insistir más que ayer en sus protestas públicas de fidelidad a las libertades y a la democracia. Pero nadie les ha regalado nada y todo lo que han conseguido lo han conseguido con sus fuerzas exclusivas, con su capacidad de lucha, con su entrega.

La famosa "cuestión comunista" no está superada. Todavía hoy se impide en su nombre que los comunistas italianos, con más del 30 % de los votos, ejerzan responsabilidades de gobierno. Todavía se aduce en nuestro país para intentar marginar a los comunistas de las posiciones a que tienen derecho como ciudadanos que han luchado por la libertad.

Es comprensible, pues, que el anticomunismo haya influído en la cultura y en la tradición de los comunistas, contribuyendo a despertar reflejos defensivos y a buscar seguridad en la camaradería interna y en una cultura propia y peculiar.

La lógica del eurocomunismo lleva, sin embargo, a romper ese círculo vicioso y, por consiguiente, a superar la falsa divisoria del anticomunismo. Esta va a ser, también, una tarea de largo alcance, que no sólo concierne a los comunistas sino al conjunto de la sociedad. El eurocomunismo rechaza la tentación de la contrasociedad, pero exige que esa tentación sea rechazada también por la gran mayoría de los demás ciudadanos.

SEGUNDA PARTE

LAS BASES TEORICAS Y POLITICAS DEL EUROCOMUNISMO

I. EL EUROCOMUNISMO Y LA TRADICION COMUNISTA.

Por todo lo dicho anteriormente es fácil comprender que al hablar de "eurocomunismo" y de "tradición comunista" estamos enunciando el problema de fondo.

Los partidos comunistas surgieron con el impacto político producido por la Revolución de Octubre. Han tenido una historia específica y han acumulado una tradición, una cultura que ha marcado profundamente su personalidad y su organización. La motivación inicial ha estado y sigue estando siempre presente : luchar por una sociedad socialista en un mundo transformado precisamente por la conmoción de la Revolución de Octubre. En este sentido, hay en todos los partidos comunistas una voluntad de continuidad y,por tanto, de fidelidad a sus orígenes y a su tradición acumulada.

Pero por otro lado el eurocomunismo designa una voluntad no de adaptación sino de renovación profunda, de revisión de la propia tradición y de ruptura con aspectos esenciales de ésta. Continuidad y ruptura coinciden,pues, y se enfrentan en esta empresa de renovación y explican los avatares de la misma.

Lo primero que hay que aclarar, desde luego, es que el eurocomunismo no pretende desandar el camino andado y llevar a los partidos comunistas otra vez al tronco común de la II Internacional, del que salieron en los años veinte.

Y no pretende esto no sólo por la negativa explícita de los comunistas sino por la sencilla y fundamental razón de que dicho tronco común ya no existe. Desde 1917 han ocurrido muchas cosas y ha habido cambios importantísimos en todos los órdenes. Si antes hemos recordado los que de una manera más directa afectan a los comunistas, ¿cómo no recordar que los socialistas asumieron un papel activo durante la guerra fría al lado de los gobernantes altlantístas más duros ? ¿Cómo no recordar también las vacilaciones, y hasta las actitudes reaccionarias de algunos partidos socialistas en relación con el movimiento de emancipación colonial ? ¿ Y que desde el punto de vista ideológico los

socialistas alemanes han tenido su Bad Godesberg y que, con ello, la tradición de la II Internacional se ha esfumado ya en el pasado ?

No se trata,pues, de regresar a ningún tronco común sino de algo más serio y profundo. Lo que se busca, lo que se intenta es cómo hacer pervivir el espíritu revolucionario en las condiciones de la sociedad capitalista desarrollada de finales del siglo XX a través de una nueva unidad de las fuerzas de izquierda -- una izquierda que, en términos globales, tampoco es la de hace una décadas ni siquiera la de hace unos años -- y a través de un modelo de socialismo que no tiene nada que ver con los modelos anteriores que han recibido este nombre.

Los partidos comunistas que más han avanzado en esta reconsideración han elaborado ya una serie de principios y de elementos doctrinales. Algunos están muy claros -- por problemática que sea su puesta en práctica. Otros están por desarrollar. Nuestra intención es exponer unos y otros según el estado actual de su elaboración. Y lógicamente empezaremos por los que ya están más definidos.

Las bases teóricas del eurocomunismo. 1. La primera modificación que el eurocomunismo propone en el terreno de la teoría política tradicional del comunismo es una nueva valoración del internacionalismo..

Este no se puede definir ya como una solidaridad a toda prueba con el modelo soviético. Y no se puede definir así, no sólo porqque la URSS es la cabeza de uno de los dos grandes bloques político-militares, sino también porque el propio modelo soviético es considerado inviable. El stalinismo no fué una simple deformación ni un error senil propiciado por el culto de la personalidad: fué un sistema y como tal el eurocomunismo lo rechaza.

Por consiguiente el nuevo internacionalismo debe orientarse por otras vías. Debe basarse en las nuevas realidades histórica, es decir, en los factores reales de la lucha contra el imperialismo, en los elementos que ha generado esta

lucha en todo el mundo.

Ahí no caben criterios cerrados ni reducciones dogmáticas. El conjunto de las fuerzas real o potencialmente anti-imperialistas no se limita ni mucho menos a los partidos comunistas. Como ya hemos recordado, muchos de los cambios revolucionarios más profundos de los últimos años han sido protagonizados por otras fuerzas. En Europa, han aparecido asimismo fuerzas políticas y sindicales muy diversas (comunistas, socialistas, socialdemócratas, cristianas, etc.) que desde distintos ángulos y con distintas perspectivas confluyen en un mismo objetivo de paz, de desarme y de distensión que las lleva a un mismo rechazo de la lógica de los grandes bloques. En los países subdesarrollados han aparecido Estados y fuerzas políticas que deben integrarse en una misma corriente de lucha contra el imperialismo pese a du diversidad política e ideológica. Baste recordar, por ejemplo, el nuevo e importante papel político asumido por algunas corrientes del islamismo o la importancia del factor cristiano en algunas revoluciones de América Latina (como en Nicaragua).

Es preciso,pues, definir y forjar las bases de un nuevo internacionalismo que tiene poco que ver con el de los primeros años del movimiento comunista. Y aunque ese internacionalismo no puede perder de vista el papel que desempeña objetivamente el equilibrio entre los bloques (como ,por ejemplo, en la llamada coexistencia pacífica, basada en el equilibrio militar) y, dentro de él el papel que la URSS y los países del Pacto de Varsovia pueden tener en la ayuda a determinados procesos revolucionarios de los países subdesarrollados, el hecho es que el nuevo internacionalismo debe tener como base esencial de cimentación y desarrollo la lucha por la superación de los bloques actuales, pues sin esta superación no hay prácticamente ninguna posibilidad de hacer avanzar la causa del socialismo en Europa.

Otro aspecto, importantísimo, de este nuevo internacionalismo es que los partidos comunistas no aspiran ni pueden aspirar -- como llegaron a creer en un primer momento -- que ellos son la vanguardia dirigente única. En realidad, el papel de los

partidos comunistas consiste en ser un factor y no el factor de xxxxxxxxx ese nuevo movimiento internacional, es decir, un componente xxxxxxxx que en muchos casos ni siquiera será el principal pero que debe luchar constantemente por convertirse en un motor básico y en un factor de cohesión de todo un conjunto de fuerzas dispares.

2. Ligado con todo esto aparece un segundo elemento básico de la concepción eurocomunista: el rechazo de la división del mundo en grandes bloques político-militares.

El eurocomunismo se ha desarrollado como propuesta política en una zona del mundo sometida al poder de los Estados Unidos y es una forma de lucha contra el imperialismo. Pero no lo es en función del modelo político y social representado por el otro bloque, el soviético.

En consecuencia, los partidos eurocomunistas no son, ni quieren ni pueden ser la prolongación de un bloque dentro del otro. Y ello no sólo por la cuestión del rechazo del modelo soviético, a que antes nos hemos referido, sino también xxx porque sería aceptar pura y simplemente la desaparición de la dimensión nacional del combate político.

Para decirlo en términos más crudos: si se acepta la lógica de los bloques militares y los partidos comunistas, consecuentes con esta aceptación, se dedican a consolidar un espacio propio como prolongación más o menos directa de un bloque dentro del otro, sólo caben dos posibilidades para que los comunistas accedan al poder político: o la derrota militar del bloque imperialista por el bloque soviético o el acuerdo político por arriba entre las dos grandes potencias.

Lo primero es impensable en las condiciones actuales del xxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxx arsenal militar acumulado por las grandes potencias que significaría la destrucción del mundo en caso de guerra generalizada. Es, además, inaceptable por principio porque significaría una supeditación total a la estrategia de la URSS y al modelo político y económico representado por ésta. Y es, xxxx finalmente, irreal dada la xxxxxxxx correlación mundial de fuerzas, tanto la actual como la previsible.

Lo segundo no es imposible desde una perspectiva teórica. Pero sí lo es en el terreno concreto. En todo caso singificaría

no sólo la desaparición de los partidos comunistas como partidos nacionales sino también la de todos los partidos y movimientos progresistas, entendidos como instrumentos de lucha, de movilización y de participación populares. La lucha política en cada país sería prácticamente liquidada o se transformaría en elementos totalmente secundario ,pues no sería ya el factor principal de transformación social. Y el papel de los partidos comunistas consistiría en mantener a ultranza un espacio propio -- aunque fuese reducido -- a la espera del gran día en que soviéticos y norteamericanos se pusiesen de acuerdo para permitir su acceso al poder.

3. Un tercer elemento de la concepción eurocomunista, no menos esencial que los anteriores, es la superación del modelo tradicional del partido.

El modelo de partido bolchevique, definido en sus líneas esenciales por Lenin pero estructurado por Stalin e identificado por éste con el Estado, es hoy totalmente inviable en los países de capitalismo desarrollado.

Pero hay que decir, también, que el eurocomunismo no intenta aquí partir de cero y que en las últimas décadas, sobre todo a partir de la II Guerra Mundial,se ha ido delimitando y edificando un nuevo concepto de partido que se resume en la idea del partido de masas. Los resultados han sido desiguales según los países y las circunstancias.

Pero es evidente que los problemas que se plantean son muchos y complicados. Así,por ejemplo, ¿hasta qué punto el concepto de partido de masas es compatible con el del centralismo democrático domo forma de organización? ¿Hasta qué punto puede un partido de masas desconocer la existencia de tendencias y de corrientes diversas en su seno ? Y en caso de reconocerlas, ¿cómo se puede compatibilizar esta diversidad con la necesidad de que el partido actúa en la sociedad como un todo único y no como dos o tres partidos diferentes ?

El centralismo democrático es un método eficaz,perodelicado. Se puede romper en un sentido o en el otro. Lo que hoy se denomina centralismo democrático no es, en todo caso, lo que era en el partido bolchevique. Es otra cosa. Es, en realidad,un método bastante pragmático para conseguir que un partido numero-

so, formado por militantes que provienen de sectores sociales diversos y con trayectorias políticas e ideológicas también diversas actúen como un solo partido y no como varios a la vez Esto no siempre se consigue porque las situaciones son diversas y porque dentro de los propios partidos surgen a veces contradicciones difíciles de resolver. Baste pensar en la diversidad de situaciones en que se encuentran los comunistas que ejercen cargos en los ayuntamientos o en los sindicatos y los comunistas que actúan únicamente a nivel del propio aparato del partido o en el papel público de los comunistas elegidos como diputados, o en el distinto peso que tienen los comunistas en la sociedad civil en unas nacionalidades y regiones o en otras.

Por todo ello, el centralismo democrático sólo puede subsistir y funcionar si se aplica de manera flexible y si, a la vez, permite una gran autonomía de funcionamiento a una sólida red de centros de decisión intermedios. Presupuesto básico del mismo es, en todo caso, asegurar un auténtico trabajo colectivo y crear formas de actuación ágiles y operativas para que la gran mayoría de los militantes puedan participar de verdad en una discusión de los principales temas.

En todo caso, creemos que en esta cuestión se está todavía a caballo entre el pasado y el presente. El centralismo democrático es hoy un método más pragmático que doctrinal, parecido al que se utiliza en los demás partidos políticos. No hay una diferencia sustancial entre el centralismo democrático que practican los partidos políticos y los métodos de dirección de los partidos socialistas y hasta de los partidos de centro. En todos ellosse plantea con fuerza el problema de las tendencias, en todos ellos hay una negativa a reconocerlas, en todos ellos hay una centralización de las principales decisiones y en todos ellos existe la misma tensión entre la diversidad de los miembros y la necesidad de actuar como un todo único en función de problemas y de opciones que no todos los militantes contribuyen a definir. Más todavía, en la experiencia reciente de los partidos españoles los congresos más abiertos y democráticos, en los que los militantes han tenido más posibilidad de expresarse, han sido precisamente los del Partido Comunista de España y del P.S.U.C.,

con clara diferencia respecto a los demás partidos.

En definitiva, el problema es cómo conseguir que un numeroso colectivo de personas muy diferentes actúen como un todo unido manteniendo su diversidad. En la tradición de los partidos comunistas esto no se conseguía tanto a través del mecanismo del centralismo democrático como a través de una cierta uniformización de los comportamientos y de las referencias culturales. Existía, por así decir, una cultura comunista muy específica. Y era esta cultura la que, en lo esencial, aseguraba el funcionamiento homogéneo del partido. El monolitismo, la unanimidad eran nociones corrientes y altamente apreciadas en los partidos comunistas. Esto ha desaparecido en lo esencial -- por lo menos en los grandes partidos que se proclaman eurocomunistas -- y en consecuencia aparece en primer plano toda la problemática del centralismo democrático como mecanismo formal único para asegurar la unidad de acción de un partido diversificado. Y dado que esta diversidad es también fruto de la multiplicidad de vínculos que los partidos eurocomunistas han conseguido establecer con el conjunto de la sociedad civil y que estos partidos tienden a romper la tendencia a formar una contrasociedad diferenciada, las tensiones generadas por el funcionamiento deficiente del centralismo democrático se convierten en conflictos públicos, políticamente explotables por los adversarios políticos y desorientadores para una opinión pública que sólo en una pequeña parte está al corriente de lo que se ventila.

Este es, sin duda, un gran problema. Pero hasta ahora no se ha encontrado un método mejor de funcionamiento y es dudoso que éste consista en una organización mediante tendencias ~~organizadas~~ estructuradas.

Por lo demás, es evidente que el concepto mismo de <u>partido de masas</u> se contrapone por su sólo enunciado al concepto de partido vanguardia formado por una minoría de revolucionarios profesionales, según el esquema formulado por Lenin. Un partido de masas es, por definición, un partido con una gran dosis de pluralismo ideológico. Así lo reconocen los propios partidos comunistas cuando se declaran laicos y admiten la militancia de creyentes, ateos y agnósticos, cuando proclaman la plena

libertad de investigación y la pluralidad interna de las escuelas de pensamiento y cuando reducen su papel uniformador a la definición de la táctica y la estrategia política.

Esto plantea otro problema, no menos serio. Los partidos comunistas han sido, tradicionalmente, partidos de militantes , con un índice elevado de dedicación a las tareas del propio partido. Este ha sido un elemento específico de la cultura comunista, que lo ha distinguido de los demás partidos.

En un partido de masas esta concepción de la militancia no se puede mantener. La propia diversidad de los miembos del partido, su diferente grado de inserción en la sociedad civil, la multiplicidad de sus centros de interés cultural, etc. hacen imposible la uniformización y la militancia en sentido tradicional. En la práctica se produce, pues, una diferenciación notable en los índices de militancia y una gran parte de ésta se hace fuera del propio partido, en las instituciones, en las organizaciones sociales de todo tipo. Se tiende, incluso, a crear dos grandes especies de militantes: los que se dedican esencialmente a hacer política fuera del partido o a hacer labor sindical y los que actúan únicamente en el seno del partido y que frecuentemente no tienen otra tarea que intentar controlar la actividad de los anteriores.

En general, los partidos comunistas han substituído la antigua organización en grupos pequeños que operaban en los lugares de trabajo o deestudio -- las células -- por agrupaciones numerosas de carácter territorial, abiertas a la sociedad y de funcionamiento muy flexible. Esto ha dado resultados positivos en general, pero no ha resulto todos los problemas.

Así, por ejemplo, la organización en agrupaciones territoriales ha destruído las organizaciones sectoriales que venían impuestas por la peculiaridad de una profesión (especialmente entre los sectores intelectuales). Bor otro lado, las agrupaciones no siempre han conseguido conventirse en centros de irradiación hacia la sociedad y muy a menudo se han convertido en lo contrario, en puntos de refugio de militantes que se reúnen entre si para discutir problemas internos y [illegible]

seguir cultivando una cultura propia y separada.

Es evidente que muchos de estos problemas no son específicos dex los partidos comunistas sino que se encuentran en todos los partidos, especialmente en los de izquierda que siempre tienen como punto de referencia la partipación de la población en la vida política y no se limitan a ejercer de maquinaria electoral. Pero en el caso de los partidos comunistas adquieren un relieve especial por el papel que ocupan en el abanico de las fuerzas políticas y por la tradición que han heredado.

4. Un cuarto elemento de la concepción eurocomunista es la <u>superación del modelo bolchevique de revolución</u>.

Los dirigentes eurocomunistas dicen con frecuencia, de manera gráfica, que ya no hay Palacios de Invierno que tomar. La concepción eurocomunista de la revolución se expresa hoy con el término de <u>revolución de la mayoría</u>, que procede del viejo Engels.

Es ,sin duda, una expresión sugestiva,pero en su fondo subyacen serios problemas. El primero de todos es el de definir con claridad quién o quienes son los sujetos de esta revolución de la mayoría. Dicho de otra manera: ¿Qué es la mayoría ? ¿Quién la compone? ¿Cómo se articula ? ¿Quién la dirige ?

Un segundo problema, no menos importante, es saber con quién se enfrenta esta mayoría, es decir, quién es exactamente el adversario político y social.

Durante mucho tiempo estos problemas se han solventado en los partidos comunistas con gran simplicidad: el sujeto político de la revolución era la clase obrera, entendida como un todo políticamente y socialmente homogéneo, x aliada a otros xxxxxxx sectores sociales (el campesinado, la intelectualidad, las "fuerzas de la cultura", etc. El adversario era la "burguesía"y "su"Estado. La revolución consistiría,pues, en la toma del Estado por parte de los primeros y en la edificación de un Estado totalmente diferente, basado en la dictadura del proletariado -- por contraposición a la dictadura de la burguesía existente en todo Estado capitalista --. Desde este Estado nuevo, las nuevas clases dominantes, que representarían a la gran mayoría del pueblo -- especialmente ,claro está, del pueblo trabaja-

dor -- impulsarían la creación de una sociedad socialista y sentarían las bases para la transición ulterior de ésta a la sociedad superior, el comunismo.

Esta simplificación puede dar -- y ha dado -- seguridad a muchos militantes, Pero es precisamente esto, una simplificación que no describe ninguna realidad, sino un apriorismo.

A reserva de un examen más detallado de esta cuestión -- que el lector encontrará unas páginas más adelante -- el eurocomunismo parte de otros supuestos, a saber: que el sujeto político en las sociedades capitalistas más desarrolladas es más complejo, que la clase dominante también lo es, que el Estado moderno no se puede reducir a la condición abstracta de un aparato homogéneo al servicio de una sola clase también homogénea y, finalmente, que la revolución es un proceso que se dilata en el tiempo y en el espacio y exige unas condiciones sociales y políticas que ningún partido obrero por si solo puede realizar.

Está claro que esto obliga, entre otras cosas, a emprender un reexamen de la teoría del Estado. Un presupuesto básico de ésta es el análisis de las contradicciones entre las clases y capas dominantes. Tiene escaso sentido seguir hablando de la "burguesía", sin más. Hay que hablar de "burguesías", de "clases dominantes" en plural, tanto a nivel internacional como interno. Hay que hablar de sectores, de fracciones de las clases dominantes, ver sus contradicciones, valorar el aspecto nacional de la estructura de las clases -- que nunca es un factor sociológico sino sociológico y político.

En función de todo ello es preciso relativizar el concepto de "Estado burgués". Dentro de las instituciones y hasta de la ideología del Estado que se califica de "burgués" hay aspectos que no lo son en sentido exacto y hasta elementos que se pueden utilizar para cambiar su carácter de clase predominante. Entre los valores que se atribuyen al "Estado burgués" -- por ejemplo los valores constitucionales -- hay muchos que no proceden precisamente de la burguesía, valores que han sido impuestos a ésta después de largas y cruentas luchas (como el derecho de huelga o el de asociación) y que por consiguiente

proceden de sectores sociales que no son precisamente la burguesía.

El gran tema de las libertades democráticas, por ejemplo, no se puede despachar sin más con el fácil recurso de las "libertades formales". Tiene implicaciones mucho más profundas y no se puede eludir ni una sola de ellas.

Finalmente, de todo ello se desprende la necesidad de replantear la relación entre el concepto de revolución y el de reforma. Esta relación fué simplificada en las polémicas de la II Internacional, a partir de la batalla ideológica contra Bernstein(basta recordar el panfleto de Rosa Luxemburg). En la Internacional Comunista se convirtió incluso en un tema tabú y hablar de reforma era caer en la peor de las desviaciones. Aun hoy sigue siendo un tema que difícilmente se puede discutir con serenidad entre sectores importantes de algunos partidos comunistas.

Este es, sin embargo , un tema fundamental, que va vinculado naturalmente a toda la teoría del Estado y que incide de manera directa en el concepto mismo de revolución de la mayoría. Por eso consideramos necesario extendernos un poco en esta cuestión.

II. EL EUROCOMUNISMO Y LA TEORIA DEL ESTADO.

La "revisión" de Engels.

Nadie duda que la teoria del Estado es uno de los puntos capitales del marxismo. Pero seria erróneo afirmar que Marx y Engels dejaron todas las cuestiones básicas perfectamente resueltas y dieron elementos de referencia suficientes para prever todas las transformaciones posteriores del Estado.

El elemento fundamental de la teoria marxista del Estado es que todas las relaciones sociales son relaciones de clase, que la lucha entre las clases es el motor de las transformaciones históricas y que el Estado, como elemento de la superestructura social, no está por encima ni al margen de la lucha de clases sino que se sitúa de lleno en su centro.

A partir de aquí, el análisis concreto del Estado liberal-representativo como poder de clase a mediados del siglo XIX llevo a Marx y Engels a la conclusión de que dicho Estado, por encima de su apariencia de igualdad jurídica y de democracia formal era un sistema fundamentalmente represivo que se perfeccionaba continuamente como instrumento de dominación de las clases que controlaban los medios de producción.

De esta apreciación —realmente indiscutible, a nuestro entender— Marx y Engels sacaron la conclusión de que las clases dominadas sólo se podían liberar y conseguir la igualdad real —no sólo la jurídico-formal— derrocando el Estado represor, destruyendo sus aparatos e instituciones e instaurando un nuevo tipo de Estado de transición que, bajo el poder del proletariado y sus aliados, eliminase las causas de la desigualdad, es decir, la propiedad privada de los medios de producción y las diferencias de clase.

Marx y Engels consideraban que independientemente de las formas políticas que tomase el Estado liberal-representativo este era *siempre* el instrumento fundamental de la dominación de las clases burguesas, es decir, el instrumento de la *dictadura de la burguesía*.

Por eso no atribuían un verdadero valor democrático a las instituciones de dicho Estado liberal-representativo, es decir, no las veían como instituciones que permitiesen la verdadera liberación de las clases dominadas. Eran, en el mejor de los casos, cauces instrumentales para permitir la organización del proletariado y de sus aliados y para llevar el combate a todos los ámbitos de la vida social. Pero consideraban que la democracia como efectiva igualdad social no sólo tenía que realizarse *al margen* de las instituciones y de los aparatos del Estado liberal-representativo, sino también *contra* ellos.

De ahí su concepción sobre la necesidad de destruir ese Estado y edificar otro que, con *nuevas instituciones y nuevos aparatos*, hiciese posible y efectivo otro poder social, el poder de las clases anteriormente dominadas, la *dictadura del proletariado*.

Puede decirse, pues, que el marxismo vió inicialmente el Estado liberal-representativo no sólo como un Estado *insuficiente* para la tarea histórica de la creación de una sociedad socialista sino también como un Estado *inservible*.

El Estado liberal-representativo, instrumento de poder de las clases dominantes o "junta que administra los negocios comunes de toda la clase burguesa", según la célebre definición del *Manifiesto Comunista* de 1848 era, pues, un gran aparato coactivo, forjado históricamente por las clases dominantes, cada vez más complejo y articulado e incapaz de ofrecer ningún cauce para la liberación del proletariado y demás clases dominadas.

La alternativa era, pues, muy clara. El proletariado tenía que derrocar y destruir ese Estado, ese poder de clase, ese sistema de instituciones y de aparatos de dominación y construir un nuevo Estado, un nuevo poder de clase, un nuevo sistema de instituciones y aparatos como un Estado de transición hacia el socialismo y el comunismo.

Parece claro, pues, que para Marx y Engels la dictadura del proletariado era un concepto sociológico-político general y no un concepto político-institucional definido. Sólo después de la breve y frustrada experiencia revolucionaria de la Comuna de París de 1871 —destruida a sangre y fuego por las clases dominantes francesas— Marx aventuró algunas hipótesis sobre las formas político-institucionales que podría revestir la dictadura del proletariado, viéndolas esencialmente como formas muy próximas al ideal de democracia directa.

Sin embargo, el desarrollo del capitalismo monopolista en el último tercio del siglo XIX modificó algunos de los datos en que se había basado el análisis anterior. Una vez extinguida la I Internacional y, con ella, la experiencia de un primer partido obrero de estructura internacionalista, los partidos obreros y socialistas se extendieron y consolidaron como partidos de masas nacionales. La II Internacional no surgió como un partido internacional, con un centro único, sino como una federación más bien laxa de partidos nacionales que se desarrollaban según el modelo principal del partido alemán.

En aquel contexto, el propio Engels sometió a una revisión profunda los puntos de vista sostenidos por él mismo y por Marx en la coyuntura revolucionaria de 1848-50. En su célebre "Introducción" de 1895 a la nueva edición del folleto de Marx *Las luchas de clases en Francia*, texto que ha sido calificado de verdadero testamento político de Engels, éste no dudó en reconocer que tanto él como Marx se habían equivocado en la apreciación de algunos elementos fundamentales del análisis político y económico. Y a partir de los datos suministrados por la experiencia posterior —especialmente la práctica del Partido Obrero Socialdemócrata Alemán— así como de su propia reflexión teórica —especialmente el profundísimo análisis a que Marx había sometido la formación social capitalista con *El Capital*— Engels revisó sus propias apreciaciones en algunos aspectos fundamentales de la propia teoría del Estado.

El punto central de esta revisión fue el concepto mismo de revolución. En 1848, Marx y Engels creían próximo el fin del sistema capitalista e identificaban la crisis económica y política de los Estados europeos con el principio de una revolución que de forma ininterrumpida —la "revolución permanente"— llevaría a superar no solo los Estados absolutos sino también los Estados liberal-representativos y establecería, bajo la dominación del proletariado, el verdadero reino de la democracia como igualdad.

Prisioneros todavía de la gran tradición de la revolución francesa creían entonces posible que esa "revolución de la mayoría" fuese iniciada, impulsada y dirigida por una minoría revolucionaria, mediante una combinación de técnicas parlamentarias e insurreccionales, con predominio de éstas.

Como hemos visto, la forma político-institucional que iba a sustituir al Estado liberal-representativo fue dejada durante mucho tiempo en el aire, dentro del enunciado genérico de la "dictadura del proletariado". Pero en 1871, después de la experiencia de la Comuna de París, Marx precisó que esa dictadura del proletariado debía tomar unas formas institucionales muy próximas a la democracia directa, las cuales permitían eliminar la separación entre representantes y representados, entre gobernantes y gobernados.

Sin abandonar esta última aspiración, Engels sometió a serias críticas estas concepciones en la ya citada "Introducción" de 1895. Constató que el capitalismo no sólo no se había hundido sino que se había consolidado, con nuevas formas de concentración y centralización del capital. Y que junto a esas grandes concentraciones capitalistas habían surgido grandes organizaciones de masas obreras, capaces de insertarse en los mecanismos del Estado liberal-representativo y de introducir un nuevo carácter democrático en las viejas instituciones de ese Estado. Es decir, constató que la lucha de masas como lucha de clases penetraba profundamente hasta el corazón mismo del Estado, provocaba nuevas contradicciones en el seno de éste y modificaba la estrategia política de las clases dominantes, hasta el punto que, para defender sus posiciones, éstas se veían abocadas a abandonar la propia legalidad democrática.

Uno de los puntos capitales de esa revisión fue la valoración del sufragio universal. En 1848, Marx y Engels rechazaban la institución del sufragio universal como medio de emancipación del proletariado. En cambio, Engels afirmaba en 1895 que la experiencia del Partido Obrero Socialdemocrata Alemán había "transformado el sufragio universal de medio de engaño que había sido hasta aquí en instrumento de emancipación".

Y tras analizar los cambios producidos no sólo en la estructura económica del capitalismo sino también en las formas del conflicto de clases —por ejemplo, constatando la imposibilidad de las viejas técnicas insurreccionales y terminando por consiguiente, con el espíritu de 1848, tan arraigado todavía en el movimiento socialista internacional de entonces— Engels llegaba a dos conclusiones capitales. La primera es que, para decirlo con sus propias palabras,

> "...las instituciones estatales en las que se organiza la dominación de la burguesía ofrecen nuevas posibilidades a la clase obrera para luchar contra esas mismas instituciones."

La segunda es que

> "La época de los ataques por sorpresa, de las revoluciones hechas por pequeñas minorías conscientes a la cabeza de las masas inconscientes, ha pasado. Allí donde se trate de una transformación completa de la organización social, tienen que intervenir directamente las masas, tienen que haber comprendido ya por sí mismas de qué se trata, por qué dan su sangre y su vida... Y para que las masas comprendan lo que hay que hacer hace falta una labor larga y perseverante."

La primera de estas dos constataciones planteaba un problema de largo alcance. Si el sufragio universal era un "instrumento de emancipación" de las clases dominadas quiere decirse que las instituciones estatales del Estado liberal-representativo no sólo "ofrecen nuevas posibilidades para luchar contra esas mismas instituciones" sino que son o pueden ser algunas de ellas, por lo menos verdaderos instrumentos de emancipación de las clases marginadas del poder.

La segunda constatación incidía en el mismo problema. Si la revolución de la mayoría requiere la participación consciente de esa mayoría, no a remolque de una minoría sino como tal mayoría, quiere decirse que la tarea principal de la minoría es una labor de dirección "larga y perseverante" que lleve a la mayoría de la creación de un nuevo bloque histórico basado en una nueva hegemonía. Y todo ello en el marco de una sociedad regida por el Estado liberal-representativo, lo cual significa crear las condiciones de la nueva hegemonía bajo ese Estado libreral-representativo, dentro de él y no al margen.

Es evidente que este desarrollo teórico no se limita a una simple readaptación de cosas dichas. Plantea unos problemas políticos y teóricos de largo alcance, problemas que, por otro lado, han constituido uno de los ejes centrales de la discusión en todo el movimiento socialista y comunista ulterior.

Desde el punto de vista metodológico, esta "revisión" de Engels tiene el mérito fundamental de llamar la atención sobre lo que a nuestro entender constituye el aspecto capital del problema. Y este es que si el Estado es un conjunto de aparatos e instituciones el análisis del Estado y la lucha política por el Estado deben ser un análisis y una lucha centrados en los aparatos y las instituciones que lo forman. Para decirlo de otro modo: Engels nos invita a bajar de la concepción general y abstracta del Estado al estudio concreto de *cada* Estado, es decir, de los aparatos y de las instituciones que lo constituyen.

Esta ha de ser, pues, a nuestro entender una de las vías principales para el desarrollo de la teoría marxista del Estado

La "revolución de la mayoría" y la teoría del Estado.

En algunas ocasiones, discutiendo en público sobre el tema del Estado, y con ánimo de provocar la discusión hemos dicho que la primera conclusión de una sólida teoría marxista del Estado es que el Estado no existe.

Se trata, naturalmente, de una imagen retórica, porque el Estado existe y está presente en todos y cada uno de los momentos de nuestra vida colectiva.

Pero con ello queremos llamar la atención sobre la necesidad de variar el enfoque tradicional del Estado. Más exactamente, queremos decir que no es posible seguir operando con la categoría abstracta del "Estado" en general, que el Estado es una realidad concreta.

El "Estado" en general es un concepto que resume la función global llevada a cabo por una serie de aparatos y de instituciones. Esa función global es asegurar la dominación de unas determinadas clases y reproducir las condiciones sociales de esa dominación.

Pero el Estado como tal, el Estado que encontramos y que opera en la realidad de cada día sólo existe como un conjunto sistemático de aparatos y de instituciones, servido por un determinado personal.

Más todavía. Estos aparatos y estas instituciones no se han desarrollado de la misma manera y con el mismo ritmo, sino de modo históricamente desigual, a veces superponiéndose unos a otros y desde luego con una fuerte continuidad en el tiempo.

También son desigualmente permeables a la influencia de la lucha de las clases sociales y éste es un elemento que no debe perderse de vista en ningún momento.

Los autores que se han ocupado de la teoría marxista del Estado en los últimos años han tendido cada vez más a analizar el Estado como un sistema de aparatos e instituciones. Queremos recordar sólo los nombres de Althusser,

Poulantzas, Miliband, Hirsch y otros. Entre los comunistas italianos éste es también el enfoque predominante.

Pero creemos que esta reflexión no ha llegado todavía al fondo de muchos problemas y que no se han sacado todas las conclusiones teóricas y políticas.

En realidad, si se quiere elaborar una teoría del Estado en sentido marxista -- es decir, una teoría en la que se combinen el análisis y la práctica política -- hay que estudiar el Estado en su realidad concreta, analizar las contradicciones entre todos y cada uno de sus aparatos e instituciones y ligar esas contradicciones con el poder de clase que representan y que contribuyen a reproducir. Y esto caso por caso, estudiando cada Estado concreto en su realidad institucional actual y en su historia.

Así, por ejemplo, es muy diferente la forma en que se ha desarrollado históricamente un aparato estatal como el Ejército y la que ha seguido otro aparato también estatal como es el sistema escolar. Las contradicciones sociales se expresan de una manera muy diferente en uno y otro y esto demuestra que su grado de permeabilidad a la influencia de esas contradicciones es también distinto.

Todos los Estados liberal-democráticos actuales son conjuntos complejos y contradictorios de apararos e instituciones, de cuerpos y grupos de funcionarios. En ese conjunto se han superpuesto en el tiempo instituciones que han tenido su origen en momentos históricos diferentes y a menudo la creación de nuevas instituciones no ha dado lugar a la desaparición de las anteriores.

Es un hecho conocido que la administración pública ha asumido nuevas tareas y nuevas funciones, a veces con el mismo aparato institucional de una fase anterior.

A todo esto hay que añadir el impacto producido por la creciente internacionalización del capital. Se ha producido una mezcla y una superposición de centros de decisión y de administración "nacionales" con centros de decisión y de administración "supranacionales". En muchos casos, estos últimos son simples prolongaciones de instituciones políticas, militares y

económicas de las potencias hegemónicas. Baste recordar lo que significan al respecto instituciones como la OTAN y la Comunidad Económica Europea o, en otro nivel, organizaciones estatales como la CIA. Baste recordar también la enorme importancia de las empresas multinacionales en todo el mundo capitalista. Es un hecho que estos centros de decisión escapan a la jurisdicción de los Estados "nacionales". Y no sólo esto: a menudo condicionan total o parcialmente el funcionamiento de muchas instituciones tradicionales del Estado nacional.

Esto se debe examinar, además, Estado por Estado. Estas contradicciones no se manifiestan por igual ni tienen el mismo peso en un Estado liberal-democrático con una tradición muy consolidada y unas instituciones muy sólidas que en un Estado autoritario o en un Estado surgido de la democratización parcial y desigual de un Estado autoritario, como es el caso actual de España.

Es más: los aparatos y las instituciones que constituyen cada Estado en concreto no se han forjado históricamente con los mismos ritmos ni con las mismas pautas. Algunos tienen mayor continuidad que otros. Algunos proceden del Estado absoluto y se insertaron en el Estado liberal-democrático mediante retoques parciales -- y a veces sólo formales. Otros han sido creados de nueva planta.

El Estado es todo esto a la vez, Pero ,al mismo tiempo, se articula de manera diferente -- y por tanto tiene una capacidad diferente de acción o de resistencia -- según la forma histórica adquirida en cada país.

Así,por ejemplo, es indudable que el Estado español contemporáneo se ha formado de manera desigual a lo largo de un período de tiempo dilatado. El franquismo no construyó un Estado nuevo sino que superpuso algunas instituciones especialmente autoritarias al Estado anterior, eliminó los elementos de democratización introducidos por la II República y reforzó los mecanismos antidemocráticos. Por eso,cuando el franquismo ha desaparecido y con él las instituciones que creó específicamente -- las Cortes orgánicas, la dictadura personal,el sindicalismo vertical, etc. -- han aparecido las instituciones

políticas y administrativas -- Fuerzas Armadas, aparato judicial administración pública, sistema escolar, etc. -- tal como han sido forjadas a lo largo de los dos últimos siglos y reforzadas por el propio frqnquismo en sentido autoritario.

A todo ello hay que añadir que este concepto de Estado no sólo es aplicable al Estado en las sociedades capitalistas sino a todo tipo de Estado y,por tanto, también al que existe en las sociedades del llamado "socialismo Real" y en las sociedades qurgidas a través de los movimientos de liberación nacional. Así, por ejemplo, en el Estado soviético se puede percibir una cierta continuidad histórica con el Estado anterior, el zarista, pese a la profundidad y la radicalidad del cambio que supuso la Revolución de Octubre de 1917. Este es un aspecto que examinaremos más adelante,pero que a nuestro entender tiene un gran interés.

Naturalmente,con estas consideraciones no pretendemos resolver el complicado problema de la teoría marxista del Estado. Pretendemos, eso sí, sentar unos criterios de método que permitan avanzar en el análisis político y en la lucha política. Y,por encima de todo, pretendemos desterrar la falsa teoría que parte de una concepción abstracta del Estado y que,por ello, resulta incapaz de dar ninguna orientación política mínimamente válida.

Continuidad y discontinuidad de los aparatos y las instituciones del Estado.

Este es, a nuestro parecer, un aspecto particularmente importante del tema, a menudo poco estudiado. Se trata, en definitiva, de saber hasta qué punto los distintos tipos d e Estado son realmente distintos en el tiempo, es decir, si entre ellos ha habido un corte más o menos radical.

Siempre nos ha llamado la atención la reflexión de MARX en El 18 Brumario de Luis Bonaparte cuando observaba que había una gran continuidad entre el Estado del antiguo régimen y el Estado liberal. Vale la pena reproducir sus propias palabras, aunque la cita sea extensa:

"Este poder ejecutivo -- decía -- con su inmen-

sa organización burocrática y militar, con su compleja y artificiosa maquinaria de Estado, un ejército de funcionarios que suma medio millón de hombres, junto con un ejército de otro medio millón de hombres, este espantoso organismo parasitario que se ciñe como una red al cuerpo dela sociedad francesa y le tapona todos los poros, surgió en la época de la monarquía, de la decadencia del régimen feudal, que dicho organismo contribuyó a acelerar. (subrayado nuestro). Los privilegios señoriales se convirtieron en otros tantos atributos del Poder del Estado, los dignatarios feudal en funcionarios retribuídos y el abigarrado mapa-muestrario de las soberanías medievales en pugna en el pla reglamentado de un poder estatal cuya labor está dividida y centralizada como en una fábrica. La primera revolución francesa, con su misión de romper todos los poderes particulares, locales, territoriales, municipales y provinciales para crear la unidad civil de la nación tenía necesariamente que desarrollar lo que la monarquía absoluta había iniciado: la centralización; (id.id.) pero al mismo tiempo amplió el volumen, las atribuciones y el número de servidores del poder del gobierno. Napoleón perfeccionó esta máquina del Estado. (id. id) La monarquía legítima y la monarquía de julio no añadieron nada más que una mayor división del trabajo, que crecía a medida que la división del trabajo dentro de la sociedad burguesa creaba nuevos grupos de intereses y, por tanto, nuevo material para la administración del Estado. Cada interés común se desglosaba inmediatamente de la sociedad, se contraponía a ésta como interés superior, general, se sustraía a la propia actuación de los individuos de la sociedad y se convertía en objeto de la actividad del gobierno, desde el puente, la casa-escuela y los bienes comunales de un municipio rural cualquiera hasta los ferrocarriles, la riqueza nacional y las universidades de Francia. Finalmente, la república parlamentaria, en su lucha contra la revolución, viése obligada a fortalecer, junto con las medidas represivas, los medios y la centralización del

poder del gobierno. Todas las revoluciones perfeccionaban esta máquina, en vez de destrozarla.[87. Obras escogidas de Marx-Engels, Ciudad, Moscú, T. 5, p. 339-340].

Marx plantea aquí un problema fundamental: el de la continuidad entre los aparatos y las instituciones fundamentales del Estado absoluto y del Estado liberal. Cierto que esta continuidad no fué ni mucho menos total, y que las revoluciones burguesas introdujeron profundos elementos de discontinuidad, tanto en los principios de legitimación como en la organización de algunas de las instituciones fundamentales(Parlamento, sistema jurídico, [redacted], sistema fiscal, organización del ejecutivo, etc.).

Pero en lo relativo a la estructuración administrativa, a la estructura militar y otros elementos básicos de la organización del Estado, el Estado liberal desarrolló, como dice Marx, ".. lo que la monarquía absoluta había iniciado". Y cada proceso revolucionario ulterior reforzaba la máquina del Estado, es decir, reforzaba aparatos e instituciones que hundían sus raíces en períodos anteriores.

Sabido es, por lo demás, que los mismos mecanismos del sistema parlamentario (principio de responsabilidad del ejecutivo ante el Parlamento, facultad de disolución del Parlamento por el ejecutivo, etc.) fueron el precipitado jurídico de un largo proceso político en el que estos principios fueron inicialmente simples manifestaciones de una relación de fuerzas entre sectores diversos de los grupos dominantes. Este proceso político surgió de las entrañas mismas del Estado absoluto en Gran Bretaña y en la práctica -- no tanto en la teoría -- no culminó hasta muy avanzado el siglo XIX.

[redacted] Un claro ejemplo de esta [redacted] continuidad y discontinuidad entre el Estado absoluto y el Estado español lo ofrece la historia de la construcción del Estado español contemporáneo. Si la Revolución Francesa de 1789 pudo aparecer como un gran momento de discontinuidad y, en este sentido, pudo [redacted] servir de base a la teoría de la total

discontinuidad entre el Estado absoluto y el Estado liberal-burgués, en el caso español la ausencia de un proceso revolucionario radical permite ver las cosas con mayor claridad.

Así, por ejemplo, es un hecho que el Estado español contemporáneo no ha sido construído bajo la dirección de una auténtica burguesía liberal, sino bajo la dirección de un bloque oligárquico en el que la nobleza feudal desempeñó un papel predominante. Con la desamortización agraria que va de los años treinta a los años cincuenta del siglo XIX, esta nobleza perdió sus privilegios jurídicos propiamente feudales, pero conservó intactas y hasta acrecentó sus posiciones de poder económico y social.

Esta nobleza no sólo no chocó con el liberalismo sino que lo asumió, lo protagonizó y lo dirigió. Ella fué el núcleo principal de la "nueva oligarquía" o del "relevo de oligarquías" descritos por los historiadores.

Junto a ella se desarrolló una burguesía fundamentalmente especuladora, una burguesía que se aprovechó de la desamortización para adquirir tierras a bajo coste y que explotó a fondo el negocio del Estado a través de las concesiones de obras públicas y del manejo del crédito, una burguesía que funcionó más como enlace y proyección del capital bancario extranjero que como burguesía portadora de un proyecto propio de sociedad.

Unicamente en Cataluña y más tarde en el País Vasco se desarrolló una burguesía industrial. Pero por su relativo peso específico fué incapaz de impulsar la construcción de una auténtica sociedad industrial y ocupó un lugar subordinado en el bloque de las clases dominantes.

Esta correlación de fuerzas hizo que la continuidad entre los aparatos y las instituciones del Estado liberal español y el Estado de la monarquía absoluta fuese más claro y más patente que en otros países. El estudio del desarrollo desigual de las instituciones y los aparatos del Estado español, uno por uno, y en su interrelación, demuestra todo esto con gran claridad. ~~Un estudio reciente sobre los orígenes del Consejo de~~ Ministros, por ejemplo, demuestra con claridad ~~la continuidad~~

Se puede argüir, de todas maneras, que el caso español es especial y no permite hacer deducciones generales. Nosotros creemos, sin embargo, que con las debidas salvedades y diferencias, en todos los Estados liberal-demmocráticos surgidos de las monarquías absolutas existen importantes elementos de continuidad con éstas, incluso en aquellos casos en que medió una revolución burguesa profunda, como en el de Francia. El párrafo anteriormente citado de Marx es muy lúcido al respecto y un mínimo conocimiento de la historia de las instituciones francesas confirma , a nuestro parecer, este análisis.

Cierto que también se puede decir que todo ello es debido a que, en definitiva, entre el Estado de la monarquía absoluta y el Estado liberal burgués hay continuidad porque también hay una gran continuidad de las relaciones de producción y de la estructura de clases.

Por consiguiente, no puede haber continuidad cuando se ha producido una revolución socialista que ha modificado sustancialmente las relaciones de producción y la dominación de clase. Eso era, en definitiva, lo que afirmaban que ocurriría los clásicos del Marxismo y Lenin en <u>El Estado y la revolución</u>.

No pretendemos aquí, en unos párrafos, resolver esta importantísima cuestión. Pero tampoco podemos dejar de hacer unas reflexiones sobre la misma, porque creemos que puede ilustrar un aspecto de la teoría del Estado que a menudo se ha dejado de lado.

Estas reflexiones son las siguientes: parece indudable que la Revolución de Octubre de 1917 no dió, en lo que se refiere a la estructura del Estado, los resultados que habían anunciado los clásicos del marxismo y que Lenin había anunciado. Los acontecimientos fueron por unos derroteros no previstos exactamente -- la guerra civil, el cerco de las potencias capitalistas, la capitulación de Brest-Litovsk el comunismo de guerra, la necesidad de formar rápidamente un nuevo Ejército -- el Ejército Rojo --, la N.E.P., el "socialismo en un solo país", la colectivización

forzada del campo y la industrialización acelerada crearon un Estado fuertemente centralizado y jerarquizado en el que existían muchos elementos de continuidad con el pasado.

No hay que olvidar que el propio Ejército Rojo se formó con muchos jefes y oficiales del antiguo ejército zarista que el nuevo Estado no se basó en una red de soviets capaces de autogobernarse -- como había esperado Lenin -- sino que se formó como un gran Estado fuertemente centralizado en el que entraron miles de funcionarios del anterior estado zarista. Con el aislamiento de la revolución y la amenaza de una intervención extranjera se desarrolló una ideología fuertemente impregnada de nacionalismo gran-ruso (no hay más que recordar la recuperación nacionalista de las figuras históricas que habían configurado el Estado ruso, como Iván el Terrible, Pedro el Grande, los jefes militares que derrotaron a Napoleón, etc).

La propia centralización impuesta la industrialización acelerada y la necesidad de forzar los ritmos de la colectivización agraria produjeron una gran separación entre el Estado y la población y a la vez configuraron el Estado como un conjunto de aparatos fuertemente jerarquizados y controlados desde un centro único.

Sólo desde esta perspectiva se puede entender la angustiada reflexión de Lenin sobre la enorme burocratización del aparato de Estado soviético. Esa es una constante en los escritos de Lenin sobre los primeros años del poder soviético y en 1923, al final de su vida, escribía en su artículo "Más vale poco y bueno":

> " Nuestro aparato estatal se encuentra en un estado tan lamentable,por no decir detestable, que primero debemos reflexionar profundamente en la manera de luchar contra sus deficiencias, recordando que las raíces de éstas se hallan en el pasado, el cual, a pesar de haber sido subvertido, no ha desaparecido por completo, no ha quedado en la fase de una cultura perteneciente a tiempos remotos (subrayado nuestro). (Obras escogidas, T.III,p.825)

Lenin sacaba de esta reflexión la necesidad de avanzar hacia una auténtica revolución cultural y de reforzar los controles antiburocráticos. Pero también sacaba la conclusión de que para edificar un nuevo Estado había que proceder con más lentitud, sin forzar los ritmos. Y en ese sentido, ir más despacio significaba poner las esperanzas en que una tranaformación social en profundidad acabaría por incidir desde abajo en las instituciones del nuevo Estado. Era,pues, exactamente lo contrario de la concepción jacobina, centralizador y superestructuralista de Trotski, adoptada más tarde por Stalin.

Para Lenin -- como para Bujarin, más tarde -- la continuidad entre el nuevo Estado soviético y el Estado zarista sólo se podía romper por una vía evolutiva, con la consolidación de una nueva estructura social y un profundo cambio cultural.

Pero esto es lo contrario de lo que se hizo. Y el resultado final fué un Estado jerárquico, supercentralizado y omnipresente en cuya estructura y en cuyos hábitos de funcionamiento subsistieron importantes elementos de continuidad con el Estado zarista.

Unas consideraciones muy parecidas se podrían hacer en relación con otros grandes procesos revolucionarios, como el de China. Baste recordar que el marxismo chino fué, de hecho, una mezcla original del pensamiento marxista y leninista con la tradición china, que la revolución china movilizó a grandes masas campesinas sobre una base antifeudal y antijaponesa, es decir, afirmando un nacionalismo antiimperialista que empalmaba con las tradiciones nacionales de la antigua China, y que la estructura del Estado resultante pese a los inmensos cambios producidos se prestaba a la pervivencia de importantes elementos de la organización y de la mentalidad anteriores. ¿Cómo entender, si no, la persistencia de hábitos fuertemente jerárquicos en la dirección del Estado chino y hasta en la del Partido Comunista ?

Quede claro que, como decíamos más arriba, con esto no pretendemos resolver un problema tan importante. Pretendemos, únicamente, llamar la atención sobre un aspecto de la teoría y la práctica del Estado que normalmente se tiende a dejar de lado en la reflexión marxista.

Y si lo que decimos es verosímil, la conclusión es evidente: hay que relativizar conceptos que parecían intangibles -- como el de revolución --, hay que estudiar las cosas en concreto, hay que examinar en si mismos los aparatos y las instituciones de cada Estado antes de formular categorías generales y, sobre todo, antes de formular propuestas de acción política.

Reforma y revolución.

Ya a comienzos de los años veinte, Gramsci percibió con claridad que ni el modelo soviético se podía transplantar directamente a los países de capitalismo desarrollado ni existía una relación directa y ~~mecánica~~ mecánica entre la crisis económica de la sociedad capitalista y la crisis del Estado.

> "En los países capitalistas desarrollados -- escribía Gramsci -- la clase dominante posee una serie de reservas políticas y organizativas que no poseía Rusia, por ejemplo. Esto significa que incluso las más graves crisis económicas no tienen repercusiones inmediatas en el campo político. La política va siempre con retraso, con mucho retraso respecto a la economía. El aparato de Estado es mucho más resistente de lo que a menudo puede pensarse y en los momentos de crisis consigue organizar muchas más fuerzas fieles al régimen que lo que la profundidad de la crisis pudiera dejar suponer" (La costruzione del partito comunista (1923-~~1924~~ 1924), p. 121)

Esta reflexión de Gramsci no ha perdido actualidad, sino al contrario. Es una reflexión contra las interpretaciones me

cepcionistas [illegible] contra las generalizaciones [illegible]vas, contra [illegible]mos históricos y contra las [illegible] abstractas. [illegible] de decir que si se quiere [illegible]zar la causa del [illegible]smo hay que hacerlo en [illegible] realidad concreta [illegible]ada país, de cada Estado y de [illegible] del mundo. Y que en relación con todo ello, no [illegible] políticos y teóricos en el vacío, por "revolucionarios" que [illegible].

Antes hemos hablado de la necesidad de superar la dicotomía tradicional entre reforma y revolución. En [illegible] hemos examinado las xxxxxxxxxxxxx reflexiones de Engels, en los últimos años de su vida, sobre sus propias [illegible] conclusiones políticas de (de Marx y de él mismo) en [illegible] anteriores. Hemos hecho también una serie de consideraciones sobre la teoría del Estado. ¿Qué se desprende de todo ello?

xxxxxxxxxxxxxxx A nuestro parecer se desprenden [illegible] conclusiones muy importantes sobre la relación entre reforma y la revolución.

Si Engels pudo hablar del sufragio universal como "instrumento de emancipación" del proletariado es porque esa institución del Estado liberal-democrático había sido [illegible]ida por la propia lucha del movimiento obrero. No era, pues una institución específicamente burguesa.

No hay que olvidar que lo que la burguesía introdujo frente al absolutismo y del antiguo régimen fué el sufragio [illegible]sitario. Y que uno de los ejes centrales del desarrollo del movimiento obrero, empezando por el cartismo inglés, fué la lucha por el sufragio universal.

Ahora bien, el sufragio universal, una vez conquistado, se convirtió en una institución del Estado liberal-democrático, es decir en una institución de un Estado de clase, en un instrumento de poder de las clases dominantes

Esto significa que la propia lucha del movimiento obrero modificó el contenido institucional del Estado de la burguesía introduciendo en él un elemento profundamente contradictorio y obligando a las clases dominantes a trasladar a otros aparatos el centro de gravedad de su propia dominación. No es casual que la conquista del sufragio universal coincidiese con un progresivo desplazamiento del centro principal de decisión hacia el poder ejecutivo, en detrimento del legislativo.

Pero, a la vez, la lucha por el sufragio universal fue un poderoso elemento de *movilización* y de *organización política* del proletariado, es decir, una forma concreta de aquella labor "larga y perseverante" de forja de una mayoría capaz de realizar el socialismo, capaz de llevar a la práctica la "revolución de la mayoría" de que también hablaba Engels.

Esto significa que esa lucha por la forja de un nuevo bloque histórico se realiza en el seno del propio Estado y da lugar, entre otros resultados, a la transformación de las propias instituciones del Estado. No hay, pues, una lucha revolucionaria que crea sus instrumentos al margen del Estado capitalista y que, tras estructurar un doble poder, espera el derrumbe de la fortaleza y lo toma por asalto desde fuera.

Hay, eso sí, una lucha que incide en todas y cada una de las instituciones del Estado, en todos y cada uno de sus aparatos y que, viceversa, se ve afectada desigualmente por el contragolpe o la impermeabilidad de cada uno de esos aparatos y esas instituciones.

En este sentido, creemos que en los países de capitalismo desarrollado carece de sentido la distinción radical entre una estrategia de reforma y una estrategia de revolución, por lo menos como se ha entendido tradicionalmente.

Si no hay revolución que se pueda preparar al margen del Estado, si la propia organización del proletariado y sus aliados se hace en el seno del Estado e incide en la estructura de sus instituciones, es evidente que toda revolución entraña una reforma, [illegible] la forja misma del bloque social y político que ha de realizar [illegible] revolución es ya un factor de reforma de las instituciones del propio Estado capitalista.

Cabe hablar, pues, de una reforma reformista y de una reforma revolucionaria. La primera es la que se somete a la hegemonía del gran capital y que se detiene justo en el umbral de [illegible] hegemonía, contentándose con avances parciales que las clases dominantes pueden asimilar sin mayores peligros para su propio poder.

La segunda, la reforma revolucionaria, es la que incide a fondo en las contradicciones de los aparatos y las instituciones del Estado capitalista, desarrolla y consolida las conquistas democráticas, reduce y elimina las tendencias antidemocráticas, fomenta la autoorganización de las masas populares, vincula las formas de democracia de base surgidas de esa autoorganización a las instituciones tradicionales del propio Estado liberal-democrático, en un proceso constante de reforma democrática de las mismas y, en ese mismo proceso, sitúa los aparatos y las instituciones del Estado bajo el control de las masas populares, permanentemente organizadas.

Para ello es preciso prestar una atención continua a las contradicciones entre los diversos aparatos y las instituciones del Estado, a las contradicciones en el seno de cada uno de ellos, a las contradicciones de todos y cada uno de ellos con las diversas fracciones de las clases dominantes, a las contradicciones de todos y cada uno de ellos con las propias clases populares.

Y no olvidar jamás el famoso símil de Gramsci cuando distinguía la "guerra de movimiento" de la " guerra de posiciones" y comparaba la "estructura masiva de las democracias modernas, ya sea como organizaciones estatales o como complejo de asociaciones de la vida civil" con las "trincheras y las fortificaciones permamentes del frente en la guerra de posiciones" (Note sul Machiavelli, sulla politica e sullo Stato moderno, pag. 84)

Ocho proposiciones sobre el Estado. Empalmando, pues, con todo lo anterior y buscando una vinculación de la reflexión teórica con los problemas más candentes de la práctica política actual, nos atreveríamos a resumir en algunas proposiciones los elementos que consideramos esenciales para el desarrollo de la teoría marxista del Estado. Son las siguientes:

1. No existe una correlacion inmediata ni mecanica entre la crisis económica del sistema capitalista y la crisis del Estado Existen múltiples mecanismos de defensa, múltiples "trincheras intermedias", multiples elementos de mediación en el plano político y en el ideológico que impiden la traduccion lineal de una crisis en la otra

2. El Estado no sólo es un aparato coactivo En su función global de reproducir las condiciones sociales de explotación cumple tambien importantes tareas de organización social y, sobre todo, ejerce una tarea fundamental de organización del consentimiento de los gobernados. El Estado es, ciertamente, el monopolio legal de la coacción, pero es también el centro de una contradictoria tarea de plasmación y difusión de valores. De valores que no se pueden reducir sin más a la condición de valo-

ses burgueses. Es cierto que las ideas dominantes son las ideas de las clases dominantes, pero esas ideas no son unívocas ni únicas ni surgen exclusivamente del Estado. La relación entre los aparatos del Estado y la cultura nacional y popular es mucho más compleja.

3. El Estado liberal-democrático no ha sido forjado exclusivamente por la burguesía. En primer lugar porque no se puede hablar sin más de "la burguesía" como categoría social perfectamente establecida. Han existido y existen "burguesías", clases dominantes y categorías más o menos diferenciadas. La relación entre ellas y el Estado, así como la relación entre las propias clases dominantes, no se pueden reducir a esquemas simples, sino que transcurren por canales complejos y contradictorios. El Estado tiene una dinámica propia que le confiere una innegable autonomía. Esta puede ser más o menos relativa, pero es imperdonable no tenerla en cuenta al definir una correcta estrategia de transformación social. Como imperdonable es, también, ignorar las contradicciones entre las propias clases y categorías dominantes.

4. El Estado no es un aparato cerrado y totalmente homogéneo. Lo que denominamos Estado, lo que existe en la realidad social, es un conjunto de aparatos e instituciones unificados por la función social de dominación y organización. Esos aparatos y esas instituciones se han forjado históricamente de manera desigual, reflejan también desigualmente los resultados históricos de la lucha de clases y, en definitiva, son desigualmente permeables a las influencias de esa lucha.

5. Las clases dominadas no viven ajenas al Estado. Al contrario, toda su existencia, todo su desarrollo, están atravesados por la presencia de los aparatos del Estado. No es posible, por consiguiente, ver el Estado como una fortaleza amurallada en territorio enemigo. Las masas populares no pueden forjar los instrumentos de su propio poder político al margen del Estado, esperando el momento del asalto final. Toda la vida colectiva, toda la organización de las clases dominadas transcurre y se desarrolla en el ámbito ocupado por los aparatos del Estado.

6. Las formas que toma el Estado capitalista no son indiferentes ni equivalen las unas a las otras. Por consiguiente, para las clases dominadas no es lo mismo que el Estado sea despótico o democrático. Esa es una cuestión que el movimiento comunista y el movimiento socialista internacionales aprendieron trágicamente a su costa en el momento de auge del nazismo y del fascismo. Las libertades democráticas no son, pues, únicamente grietas ni canales de tránsito más favorables para las clases dominadas. La forma concreta que toman los aparatos y las instituciones del Estado es la resultante de un complejo combate histórico en el que intervienen todas las clases sociales. Por eso es decisivo no solo saber *quién* gobierna sino también *cómo* gobierna.

7. La sustitución histórica del Estado de la burguesía por el poder político del proletariado y demás fuerzas populares no se puede realizar de modo súbito y tajante. Como demostró la misma revolución rusa de 1917 no es posible un corte súbito y radical. El problema de la transición de un poder político a otro, es decir, el problema de la transición al socialismo, es muy complejo y, desde luego, irresoluble si no se tienen en cuenta las enormes diferencias existentes de país a país y de situación histórica.

8. La noción misma de "extinción del Estado", tan importante en la teoría marxista por más que parezca alejada de las preocupaciones actuales, va íntimamente ligada a la construcción concreta y *actual* de las bases de una sociedad socialista. Por consiguiente, no sólo no se puede resolver ateniéndonos a un pretendido modelo único sino que implica una reconsideración de las formas históricas que han sido calificadas de socialistas y que, hasta ahora, no han mostrado ninguna tendencia a esa "extinción".

Cada una de estas proposiciones plantea una gran cantidad de problemas teóricos y prácticos. Su estudio no puede ser la obra de un investigador aislado ni puede hacerse al margen de la propia lucha política, que es una lucha colectiva. Pero ninguna de ellas se puede eludir, a mi entender, en nombre de conceptos intangibles forjados en otras circunstancias históricas ni en nombre de una concepción puramente abstracta del Estado.